ESPAÑA NECESITA UNA SALIDA

La C.N.T. y la lucha por la libertad

No ignoramos que frente al despotismo se actúa en una deprimente situación de inferioridad. No puede escapar a nadie que la actuación rebasa los límites de la paciencia. Nuestra lucha no tiene paralelismo. Nuestros militantes no combaten a la luz del día; en todas las horas de peligro se hallan solos. Son perseguidos y arrestados en la soledad. Haciendo frente a los métodos represivos resisten las mayores torturas. Solos, ensangrentados, desnudos, soportan con estoicismo los azotes de un poder venal que se mofa de los hombres de ideas que luchan para defender los derechos del pueblo.

Los hombres sin nombre combaten sin el auxilio de una mano amiga, sin una voz de aliento. Todas las ayudas del exterior han sido cortadas por la mano despiadada de la cobardía y la indiferencia. Cuando la Resistencia antifranquista tuvo confianza en el exterior los hombres se aprestaban valerosos a cubrir los primeros puestos de la vanguardia de acero forjada por la oposición al totalitarismo. Han pasado años de dolor y de martirio. El ejército más aguerido y disciplinado pierde su moral, cuando se percata de la inferioridad de sus efectivos para hacer frente al enemigo. El abandono, el silencio y la indiferencia, han venido luchando codo a codo contra la resistencia española. Al movimiento de oposición al despotismo no le queda en el mundo sino la fe. La fe de que el pueblo pueda ser dueño de sus propios destinos. Porque el pueblo español es indivisible. Ningún dictador podrá acobardar con las grandes reservas populares.

Una prueba contundente de cuanto afirmamos reside en la reacción española que nos brindan los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo de España. Otra promoción de compañeros confederales acaba de caer en manos de la policía franco-falangista. Las torturas más refinadas se han practicado en la Jefatura Superior de Policía de Zaragoza. De la ciudad condal nos comunican que han sido trasladados a Madrid varios militantes sindicalistas libertarios, siendo acusados de orientar la nave confederal española. Y en la Direc-

ción General de Seguridad, el coronel Eymar, representante de un poder político desmedido, dirige día a día la operación del silencio que los monstruos falangistas llevan a cabo contra los militantes cenetistas de la España del trabajo, de la idea y de la libertad.

¿Quién osará decir que los aguijones libertarios ceden ante el empuje salvaje y criminal de la dictadura? Ahí está caliente y regada con el líquido de la mejor sangre cenetista la odisea que la C.N.T. está padeciendo en estos momentos de prueba y de dolor. Que callen los vendedores; que las bocas viperinas dejen de ensuciar la viril ejecutoria de unos luchadores que merecen, sino el aplauso y la veneración de los hombres, al menos, el respeto y la consideración de propios y extraños. Pero el actual drama confederal exige que seamos parcos y comedidos en las expresiones. Los sufrimientos que padecen nuestros hermanos deben templar nuestros ánimos para superarnos en el cumplimiento del deber solidario y fraternal. Sepamos ayudar, con todos los medios a la Resistencia escandinava, porque en sus manos está el timón que ha de conducirnos a la liberación de España.

Hemos repetido infinidad de veces que el tirano no podrá mantenerse en el poder. Ni el oro de los mercaderes, ni el apoyo que le presten los traidores a la causa de la democracia y la justicia podrán dar carta de legalidad a la dictadura franquista. No; el pueblo es indivisible. Las masas populares permanecen unidas en el imperio de la amenaza y el terror, y ningún Gobierno, por poderoso que sea, conseguirá que los españoles se resignen a soportar sin protesta las injusticias cometidas por el despotismo.

A nadie escapa ya, por evidente, el doloroso estado de decadencia apoderado del país. Harto claro se ofrece a la nación la necesidad de buscar una asepia heroica, tajante y sincera, como escape, que ataje, primero y elimine después, esta loca carrera de injusticias, sangre y envilecimiento. España necesita una salida, aunque a la Oposición no le quede más recurso que el riesgo de lo heroico. Ante la indiferencia mundial cada día más creciente y a la cada día más envilecida arrogancia del dictador que se siente protegido, no nos queda sino el sentido de la abnegación trazado por los hombres sacrificados por la tiranía de Franco y de Falange.

El despotismo franco-falangista, asesinado y perseguido a los mejores hijos del pueblo, no ha podido eliminar la dignidad de los españoles, dignidad que nos alienta y conforta en la convicción de que nuestro país alcanzará un día u otro la meta de su definitiva liberación. Solos, por lo que será doblemente notable. Sin deber nada a nadie, ni a quienes por el mundo de la indiferencia van rasgando las vestiduras para proclamarse campeones del derecho y la razón cuando si lo pensarán bien deberían cercenar el brazo que sostiene la antorcha de la histórica estatura de la libertad, porque sus reflejos no alumbran ni rasgan la nebluma más allá de los propios límites neoyorquinos.

Para el gran pueblo americano nuestra estima profunda y sincero reconocimiento. Allí tenemos muchos amigos que nos son fieles, no traicionando la concepción humana de la justicia. Sabemos distinguir entre el ceno y el mar-

mel, entre la traición y la honra. Por eso precisamente no identificamos a pueblo tan grande por tantos conceptos con los demócratas a lo Sherman, Griffis, o ciertos hombres del Pentágono.

España necesita una salida honrosa que la saque de la humillación, de la tiranía y de la barbarie. Una salida decente y digna que nos sitúe en el lugar que ocupan todos los países libres. Y esa salida sólo podemos encontrarla en el camino de la cooperación de la lucha y de la sinceridad, combatiendo todos a una contra el sistema franco-falangista. La U.G.T., la C.N.T. y el P.S.O.E. han marcado la pauta en el importante acto que acaba de celebrarse en México. Todos los sectores políticos y sindicales deben trabajar unidos, protestando ante la injusticia que representa una alianza política, económica y militar con el asesino del pueblo español.

Para sacar a España de la miseria y el terror, la tiranía no debe gozar de tregua; no puede otorgarse cuartel. La lucha ha de ser incesante. O Franco y Falange, o todo el pueblo español unido en la lucha empeñada para rescatar el derecho, la justicia y la libertad. Esta es la lección que nos ofrecen los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo, derramando su sangre y ofreciendo la vida para que España se salve del calvario y de la muerte.

ESPAÑA HIBRE

CNT • ORGANO de la CONFEDERACION NACIONAL del TRABAJO de ESPAÑA • AIT

Toulouse 5 de Julio de 1953 - Año IX - N° 313 - Hebdomadaire - Precio : 20 francos

«LOS HOMBRES SIN NOMBRE NO PUEDEN HABLAR; nosotros por ellos»

El día 11 del corriente mes se celebró en México un mitin para protestar contra el pacto Washington-Franco, según parece a punto de firmarse, organizado por la C.N.T., la U.G.T. y el P.S.O.E. En las reuniones tenidas por todas las organizaciones de exiliados, excepto los comunistas, se perfirió el acto; pero cuando todo estaba a punto, los republicanos desistieron de su participación, pretendiendo que esta protesta estuviera algo así como sometida a la autoridad de «las instituciones». A pesar de que a última hora se accedió a que en una presidencia de honor figurara el Embajador de Negocios de la República española en este país, no rectificaron su acuerdo. En el mitin habían de participar como oradores Indalecio Prieto, Alvaro de Albornoz, Nicolau d'Olivar y Joaquín Cortés. Las rivalidades políticas impidieron pre-

sentar a todos los emigrados frente al acuerdo infamante de Washington y Franco, lo que reporta determinada responsabilidad para los que figuraba el escritor Antoninobles.

Los discursos expresaron la protesta de los emigrados por la actitud de Norteamérica y los países que comparten, voluntariamente o no, su política respecto de las fuerzas sindicales y políticas que tomaran a su cargo, con plena responsabilidad, la tarea de definir el nuevo régimen español por intervención directa y decisiva del pueblo.

Independientemente de esto, hemos considerado que las organizaciones obreras —confederal y libertaria— se hallan abocadas a la concertación de un programa de carácter económico que determine las condiciones de vida de los trabajadores y asegure al régimen de libertad que se establece que no habrá en el porvenir nuevos estallidos reaccionarios, o al menos que el pueblo no será sorprendido como en 1936.

La insistencia de los oradores en la importancia y significación de las fuerzas que representaban, viene a coincidir con ese pensamiento. En efecto, si para la solución del pleito de España es necesaria la garantía de fuerzas fundamentales del país, esas son las que tomaron parte en el acto. (No tratamos de minimizar a las demás, que jugarán un papel importante en el país). Se pretende un largo plazo para conseguir la profunda reorganización de la economía española, de manera que los trabajadores eleven su estándar de vida y no sean considerados como carne de cañón, hay que darle a los sindicatos una intervención decisiva en los planes económicos. En fin, si queremos un pueblo que se preocupe atinada y competentemente de la vida pública, es necesario que pueda disponer de los medios de cultura indispensables.

«Los hombres sin nombre no pueden hablar; nosotros por ellos»

«Los hombres sin nombre no pueden hablar; nosotros por ellos»

«Los hombres sin nombre no pueden hablar; nosotros por ellos»

«Los hombres sin nombre no pueden hablar; nosotros por ellos»

«Los hombres sin nombre no pueden hablar; nosotros por ellos»

POSTAL MADRILEÑA

El mundo comunista se ha conmovido con motivo de la ejecución del matrimonio Rosenberg; el resto del mundo no se ha conmovido menos con el ametrallamiento de obreros alemanes en el Berlín comunista. Para nosotros los dos hechos son muy lamentables. Pero es el caso, que uno y otro distan mucho de ser parecidos. Nosotros protestamos energicamente de la pena de muerte, aquí o allí, en la latitud del globo terráqueo que se produzca. Mas los demás no lo hacen así, callan o protestan, según sea el color de las victorias. Y es que nosotros somos humanos; ellos humanistas. No dejamos sentir la muerte de nadie, ya que los nuestros han dejado de causar mella en el ámbito mundial. Pero esto no es posible. Somos libertarios.

Por los Rosenberg se han estremecido las fibras sensibles de ciertos obispos, y, hasta posiblemente, las del Papa. Por nuestras víctimas, aunque el ejecutado fuera un ferviente católico, como lo era el inocente ingeniero alavés, D. Juan Aiava, persona querida por todos los vascos y admirado por los que le tratamos, para éstos no habrá ni Papa, ni obispos. Lo mismo les sucede a los obreros de Berlín, que ni Dios se acuerda de ellos; como les sucede a los obreros y marinos de Creta, como les ha sucedido a los míseros trabajadores que en España han perecido en manos de Franco.

En Berlín y en Madrid la protesta es parecida e idéntica es la forma de reprimirla: El fusilamiento. Como idéntico es el sistema de gobierno: El totalitarismo.

Los extremos se tocan, aunque sea en formas disímiles. Empeño, elevemos nuestra protesta y haciendo honor a las víctimas, debemos decir con voz enérgica: «Somos obreros, no esclavos».

Juan ESPAÑOL

CONFERENCIA

Federación Local de Toulouse
Prosiguiendo el importante ciclo de conferencias organizado por la Federación Local de Toulouse, el día 19 de julio, a las diez de la mañana, el compañero

Ricardo Sanz disertará sobre el sugestivo tema: LA C.N.T. Y LA CLASE OBRERA DE ESPAÑA

A este magnífico análisis constructivo realizado por los militantes confederales quedan invitados todos los amigos, compañeros y simpatizantes. Esperamos que la concurrencia que viene prestando adhesión y calor moral a nuestro ciclo de conferencias hará acto de presencia, a fin de conmemorar la fecha histórica de la revolución española.

El acto tendrá lugar, como de costumbre, en nuestro domicilio social, Café Fize (Arcadas del Capito).

ARGENTINA

DETENCION de Diego Abad de Santillán

Bruselas, 18 junio (OPE).—«El Pueblo» publica la siguiente información:

«Se dice que en la Argentina ha sido detenido Diego Abad de Santillán, anarquista que desempeña el cargo de consejero de la Generalidad durante la guerra civil. La noticia procede de fuente generalmente bien informada, y el detenido, al que se le acusa de haber participado en un complot terrorista, parece ser que ha reconocido haber sido uno de los animadores de los atentados que por medio de bombas tuvieron lugar el pasado mes.»

(Un despacho de Buenos Aires, transmitido por la agencia franquista EFE, dice que la noticia diciendo que Abad ha sido detenido «por supuesta participación en las pasadas conjuras terroristas».)

LA RIVALIDAD ANGLO-NORTEAMERICANA

Por J. POLLENSA

A PARTIR del día en que oficialmente murió José Stalin, dictador y papa del mundo soviético, Rusia tremoló de nuevo la bandera de la paz. Por vez primera sus deseos parecen tener ribetes de realidad al ir acompañados de ciertas concesiones difícilmente soñadas, e incluso la primera y principal su ofrecimiento de cesar las hostilidades en Corea. Si en un principio sus proposiciones suscitaron recelos comprensibles, a medida que se transcurrieran las semanas desaparecían paulatinamente, permitiendo a las corazonas fáciles abrirse a la esperanza y al «Premier» británico señor Winston Churchill engrise en su acérrimo defensor, actitud criticada en los Estados Unidos de América y coartada en la cuna del comunismo. La rivalidad anglo-americana volvió a estallar aparatosa, decidiendo reunirse en las islas Bermudas con el interesado intento de encontrar una solución que apaciguara sus querellas unificando criterios, por lo menos en cuanto se refería a la posición a adoptar frente a la considerada por muchos «nueva manobra rusa».

Si el señor Churchill acepta como buenas las proposiciones del «trío» Malenkov-Beria-Molotov, el señor Eisenhower no, y para que dudas no queden en el ánimo de nadie, nombra a dos admirantes con fama de belicosos —Rawton y Fechteler— jefes de sectores tan sumamente importantes como Asia y el Mediterráneo. ¿Quién de los dos está en lo cierto? Si difícil es contestar de forma concreta la pregunta, no presenta caracteres inexiguables su análisis.

El señor Churchill no aspira, creo yo, al título de «Pacificador» y sí, al que se le pueda otorgar

por haber preservado de la destrucción Inglaterra (como fatalmente sucedería de estallar el temido conflicto) y a fin de evitar se desencadenara en sus espaldas una tenaz campaña para mantener los sitios considerados estratégicos a un representante inglés.

Enemigo por completo del sector asiático —Hong-Kong le obligaría— se impone a los Estados Unidos exigiendo el armisticio en Corea, para después aferrarse, libre de las preocupaciones del peligro amarillo, a las zonas mediterránea y atlántica. En la primera juega importante papel el canal de Suez y en la segunda el estrecho de Gibraltar. Para la custodia de los intereses mediterráneos, Lord Muntbatten. Para los del Este-Atlántico, el almirante Sir George Creasy, Churhill, viejo zorro de la política, sabe positivamente que cuanto más fuerte la «manobra rusa» más fácil le será a Inglaterra recuperar el prestigio perdido a favor de los Estados Unidos de América—otro objetivo esencialísimo a conquistar— y a ampliar el plazo hasta el máximo medida todas sus fuerzas e inteligencia, aún cuando para satisfacer su vanidad deba partir solo para Moscú y solo conferenciar con Malenkov, el «trío» y el «sursum corda» si preciso fuese.

A Eisenhower le guían igualmente idénticas ambiciones. Salvar a su nación del «crack» económico y reafirmar su influencia en el mundo. Sólo a Inglaterra tiene enfrente con poder suficiente para hacerle fracasar en su misión. Transige en Corea porque le permite, además de cumplir la palabra empeñada a su pueblo, impedir prospere la «maniobra

masa aunque deba aceptar un control de armisticio completamente absurdo al confiar a Corea, a Polonia, a los países satélites, la vigilancia de las puertas, únicos lugares de acceso a la Corea del Sur y a los suecos, país neutral, la enorme extensión de la frontera terrestre que separa Corea del Norte, de la China y de la U.R.S.S., pudiendo así establecer en el mismo límite de la línea del «cesar el fuego» y en cantidad conveniente bases aéreas que no será capaz

(Pasa a la última página.)

EL PROBLEMA DEL AGUA EN BARCELONA

Barcelona, junio. (De nuestro corresponsal).

Aún no ha llegado el verano y ya se corta el agua a las diez de la noche en los domicilios; pero la mayoría de ellos, por ser pisos altos, estaría sin agua durante todo el día y en las primeras horas de la noche. Mientras tanto, el pueblo de Barcelona ve con asombro que se están haciendo obras para llevar el agua de Barcelona hasta Sabadell, al mismo tiempo que el Gobierno ha autorizado a la sociedad suministradora para traer agua del delta del Ebro con destino a Barcelona. Es decir, que a nosotros no nos alacina y aún hemos de partirla con otros. Y el que lo dude no tiene más que contemplar las cañerías que, pasando por San Pedro Martir, van a dar a la vertiente opuesta, camino de Sabadell por San Cugat. El problema es gravísimo, según lo reconoce la prensa. Pero ¿qué

Lo que decían los americanos antes de tratar con Franco

Si triunfan los fascistas, todos los hombres, tanto en el EE. UU. como en otros países, tarde o temprano se convertirán en vasallos del Estado. En un mundo de colonias de hormigas, ninguna colonia puede subsistir salvo que se organice y discipline al igual que los ilotas. Si venemos nosotros, los hombres tendrían al menos la oportunidad de vivir como ciudadanos de una nación. Se tendrá entonces la oportunidad de formar la vida del hombre en la superficie de la tierra, a la luz del día, y no bajo la tierra, en las galeras excavadas, oscuras, llenas de odio y armadas de las ignorantes colonias de hormigas. (De un discurso pronunciado el 8 de octubre de 1944 por Archibald Mac Leish).

¿Qué dicen ahora? O mejor, ¿qué hacen? De 1944 a 1953, hay en verdad, muy poca distancia, pero que abismo de posturas! Las posiciones cambian de continuo cuando no las mueven la sinceridad y la fidelidad a la palabra empeñada.

No se puede predicar sin el ejemplo. España no puede salir a defender una libertad que desconoce, unos derechos humanos que no disfruta, una civilización que ignora. Quien vive bajo tierra será topo, no soldado de unos ejércitos que dicen luchar para que los hombres no dejen la superficie. La superficie la dejó España en 1939 contra su voluntad y a costa de no pocos sacrificios. Que lo sepa el mundo: si un día hemos de luchar no será al lado de los ejércitos que protejan al tirano Franco, sino contra los que en nombre de la libertad sostienen a la dictadura falangista. Estamos de vuelta de canto democráticos. Lo que nosotros queremos son hechos. La C.N.T. empujará las armas para derribar al régimen franquista, nunca para sostener el crimen y la esclavitud. Y con la C.N.T. estará el pueblo en su totalidad, unido para acabar con todos los satrapas que hoy escamotean sus derechos más preciados merced al apoyo que le prestan los banqueros sin dignidad y los políticos que gobiernan y administran la Casa Blanca.

No tenemos por qué pronunciarnos en cuanto ocurre en Colombia. Pero si D. Laureano Gómez medita en torno a la veracidad de ciertos hombre de gobierno —cuyas convicciones tienen la misma «fijeza» que la veleta que corona campanarios y otras altas torres— no se sorprenda demasiado del golpe de timón que ha dado quien es «Caudillo por la Gracia de Dios». Piense que el general Franco de-

bió a Hitler y Mussolini el triunfo en la guerra civil y cuando de dicho triunfo se derivó y sigue derivando. Mientras creyó que el Führer iba a aplastar las democracias, del generalismo para abajo, todos los hombres de la situación hicieron los más fervientes votos en pro de su triunfo. Es más, el «Caudillo» se ofreció incondicionalmente a Hitler para entrar en la guerra al lado del Eje, a cambio de ciertas condiciones ter-

ritoriales —entre otras cosas— que por juzgarse excesivas no fueron aceptadas. Más tarde fué el propio jefe nazi quien intentó meter a España en la guerra. Pero, por aquel entonces, la veleta de El Partido acusaba ya la proximidad de otro cuartel; los que soplarían haciendo afluir con dirección a Berlín a las tropas aladas desde los cuatro puntos cardinales.

Desde hace años, el régimen franco-falangista pugna por abrir brecha en la muralla ideológica que le separa del mundo democrático. Por su parte, el comunismo soviético, con su absorción de varios países del Este de Europa, que han pasado a ser satélites suyos, y con la amenaza que, desde hace años, viene haciendo pesar sobre la paz, suministra, indirectamente, al «Caudillo» un ariete para que abra paso. Y el generalismo espera con creciente impaciencia el momento de poder alcanzar la cudadruga de los vencedores, no para tomar asiento entre ellos, sino para, unirse a aquella con el mismo gesto con el que, hace más de cien años, unos ciudadanos españoles —que creo serían

(Pasa a la página 4.)

CON LA MEJOR INTENCION PARA EL DIRECTOR GENERAL DE PRISIONES

Se ha sabido con algo más de detalle que el año pasado estuvo en España, en visita de inspección, una Comisión internacional encargada de comprobar si existía o no aquí un régimen concentracionario. Digo esto porque un periódico ha salido «echando las muelas» contra la publicación de cierto «Libro Blanco» en el que se supone se digan cosas bastante «negras» de esta España «azul». Como que no conozco lo que en el volumen se dice y creo sería perder el

tiempo intentar comprarlo en una librería madrileña, he de quedarme con las ganas.

Si se habla en él de malos tratos a cargo de muchos policías, aunque no de todos, naturalmente, me parece que quien haya escrito tal libro, tiene más razón que un santo, como corriente mente se dice. «Se trata de campos de concentración? Tal vez ahora no los haya aquí, en el sentido que se da comúnmente a esta palabra, aludiendo a los que hubo en la Alemania en tiempos del nazismo y los hay en la Rusia Soviética y en los países satélites. Como antes también debió haberlos en España. Pero ahora, ya no tienen razón de ser. La organización policíaca dispone de tan extensos archivos, efectúa tanta vigilancia y pone al ciudadano, en determinados casos, tantas dificultades para los desplazamientos, que, de hecho, puede afirmarse que todo territorio es un campo de concentración del que no puede salirse más que atravesando el Pirineo o embarcándose por sorpresa.

«Se trata de malos tratos en las cárceles. Habrá casos, y más de los que he mencionado. Pero por sí, o por no, quiero dirigir unas palabras al director general de prisiones. Hélas aquí: «Yo, señor Herreros de Teja, da, contrariamente a lo que creen muchos amigos, y tal vez usted mismo, creo que al hombre hay que considerarle bueno en tanto no hayan pruebas convincentes de lo contrario. Y yo lo considero a Vd. un hombre bueno. Además, es usted navarro, es decir, vasco de Navarra; su segundo apellido, Azcona, proclama a todos

los vientos su vasquía. Y esto me anima, aún más, para dedicarle estos renglones. Porque yo he estado muchas veces en Euzkadi, donde tengo muy buenos amigos, y siento por Vds. los vascos, viva, simpatía.

«Repito que le creo a Vd un hombre bueno. Ya sé que, a veces, los malos, más que los hombres mismos, lo son ciertos cargos, o la creencia que tienen algunos —bien equivocadamente por cierto— de que el buen desempeño de los mismos es incompatible con todo lo que no sea régimen de terror. Opino que el cargo de director general de prisiones puede ser de difícil desempeño. Yo no quisiera ostentarlo, y no lo quisiera, por la misma razón por la que hace muchos años me abstuve de prepararme para unas oposiciones que me hubiesen permitido ingresar en el Cuerpo, y ser, acaso, en la actualidad, uno de los subordinados de Vd. Le diré lo que ocurrió.

«En mi primera época de periodista, se pagaban bajo sueldos, en parte se debía esto a que no faltaban ciudadanos que sin tener auténtica vocación periodística, la tenían para lucir un carnet, y aprovecharse de unas butacas que de vez en cuando recibían del director, lo que les permitía ir al teatro sin hacer el menor desembolso. A cambio de ello, trabajaban en un periódico gratis o poco menos. A causa de ello había también periodistas que de muy buen gusto no hubiesen vivido de otra cosa que del periodismo, pero a quienes los bajos sueldos les obligaban a alternar su profesión con otras ocupaciones. «Pero aun había otra clase de

(Pasa a la última página.)

Contra el pacto entre EE. UU. y Franco

IMPORTANTE ACTO DE PROTESTA EN MEXICO

La U.G.T., la C.N.T. y el P.S.O.E., se dirigen a la opinión internacional

Respondiendo a iniciativa de la Agrupación Socialista y la Unión General de Trabajadores (Sección de México), iniciativa a la que se sumó desde el primer instante con el mayor calor la Confederación Nacional del Trabajo (Sección de México), el pasado día 11 de junio, a las ocho de la noche, se celebró en el teatro Arbeu, de la capital mexicana, un acto público de protesta contra el anunciado pacto económico-militar entre el Gobierno de Washington y el dictador Franco.

El acto se hizo. Y fué — era fácil presumirlo — un éxito que nos complace constatar y que pone de manifiesto el espíritu combativo que, a pesar del desgaste de los años transcurridos en el destierro, priva y privará en la emigración republicana española. Hablaban Manuel Albar, por la Unión General de Trabajadores; Joaquín Cortés, por la Confederación Nacional del Trabajo, e Indalecio Prieto por el Partido Socialista Obrero Español. La atención con que siguió los discursos el público que ocupaba el teatro Arbeu, los aplausos con que los rubricó y la aguijencia aclamatoria que otorgó a la resolución propuesta por la presidencia para ser transmitida al general Eisenhower, son buena prueba de lo que decíamos antes. La mesa presidencial la ocuparon Juan Ruiz Alazáran, José Margelli y José Vila Cuenca, representantes, respectivamente, de la Agrupación Socialista, la CNT y la UGT en México. Se leyeron, entre otras, las adhesiones siguientes:

Organización Regional Interamericana de Trabajadores.
Ateneo Español de México.
Martín Civera, por el Partido Sindicalista de España.
Un cable del Subcomité Nacional de la CNT, firmado por M. Vallejo, desde París.

MANUEL ALBAR

Por enésima vez, y no será la última, vamos esta noche a elevar en público nuestra voz para protestar contra el presunto convenio — contubernio, para ser más exactos — que se prepara entre la gran república norteamericana y el Gobierno dictatorial del general Franco, pacto que antes de alumbra ha producido ya rozamientos profundos en el bloque occidental y ha de producirlos todavía mayores si llegara a consumarse.

Yo hablo esta noche — lo dijo el presidente — representando a la Unión General de Trabajadores, una de las dos grandes centrales sindicales, lo sabéis todos — la otra es la Confederación Nacional del Trabajo — que en España agrupaban, y agruparán mañana, a la casi totalidad de los trabajadores organizados españoles. La Unión General de Trabajadores, reiteradamente, con insistencia que le honra, ha hecho constar su oposición a toda concesión que se hiciera por los Gobiernos democráticos al Gobierno dictatorial del general Franco. Dondequiera que tuvo ocasión ha llevado el testimonio de su dolor y de su repugnancia. Allí donde hubo un comicio obrero internacional, la Unión General de Trabajadores estuvo presente. En la Conferencia Internacional de Organizaciones Libres, a la cual está afiliada, la Unión General de Trabajadores ha estado presentando constantemente su demanda de ayuda en defensa de la democracia española y de la clase trabajadora obrera, violentada, escarnecida y perseguida. Portavoz de sus demandas ha sido, en el orden internacional, la Confederación de Organizaciones Sindicales Libres. A través de las dos grandes sindicales norteamericanas, la Federación Americana del Trabajo y el Congreso de Organizaciones Industriales, CIO, se ha hecho llegar una y otra vez al Departamento de Estado la protesta ante la posibilidad de que el Gobierno de Washington llegue a pactar con el Gobierno del general Franco. Bien recientemente, ante apremios formulados por la Unión General de Trabajadores, en reunión especial convocada por la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, se han tomado acuerdos que están en trámite de cumplirse, o se habrán cumplido ya, encaminados también a impedir que el monstruoso contubernio se consuma. Quiere esto decir, por una parte, que a la Unión General de Trabajadores no se le puede hacer reproche alguno de no haber cumplido con su deber, y quiere decir también, y esto es más penoso, que en el Departamento de Estado de los Estados Unidos pesa mucho menos la voz de sesenta millones de trabajadores agrupados en la Confederación Internacional de Sindicatos Libres que la voz de unos cuantos políticos de conciencia adormecida o retrasada y unos cuantos militares que juzgan los problemas políticos, tan sutiles y complejos, con un criterio estrechamente castrense.

Cuando alzamos nuestra voz en demanda de justicia, es frecuente que se nos responda diciendo que el problema político de España es un problema exclusivo de españoles. La falacia es notoria. El problema político de España, en el supuesto — y ya es conceder — de que haya hoy problemas estrictamente nacionales en el orden político, hubiera sido un problema exclusivamente nacional, es decir, de españoles, si cuando se provocó la infame sublevación de 1936 el Gobierno de la República española hubiera contado con las asistencias a que tenía derecho, y a la vez, si no se les hubiera concedido a los rebeldes las ayudas que ningún razonamiento podrá jamás justificar ante la Historia. Vencida la República, arrojados fuera de España quienes tuvimos la fortuna — triste fortuna! — de poder salir de ella, el problema español es un problema internacional, querámoslo o no, querámoslo o no. Lo es por las complicaciones que ha creado y creará; pero lo es, sobre todo, porque es un drama moral en el que todos tienen responsabilidad, y mientras haya un solo español que sea víctima de Franco, mientras quede viva una voz que pueda levantarse en un recinto como este a proclamar la injusticia cometida, el problema de España seguirá siendo un problema internacional. Una cosa es que lo sea y otra que quienes deben y pueden resolverlo no quieran enterarse, acaso por vergüenza de su propia culpabilidad.

UNA SOSPECHA LICITA

¿De qué se trata ahora? ¿Qué razones, qué argumentos se exhiben para justificar la necesidad de que un Gobierno democrático, y nada menos que el que pretende ser rector de la vida internacional llegue a pactar con un Gobierno de naturaleza despótica como la que tiene el del general Franco? Razones — se dice — de orden estratégico militar; razones muy discutibles, incluso desde el punto de vista militar también; pero inadmisibles, porque no hay ni una sola que sea valdeira, desde el punto de vista moral. A favor de un anticomunismo absurdo, irracional, que está haciendo más comunistas que toda la propaganda comunista, se pretende hacer tabla rasa — por lo menos en nuestro caso — de todos los principios éticos que caracterizan la vida ciudadana del hombre digno y libre. ¿Vamos nosotros a rubricar con nuestro silencio semejante propósito? ¡Jamás! Pero, además, ante el examen de los acontecimientos que informan la vida internacional, cuando para justificar el propósito de pactar con Franco se invocan esas razones de tipo exclusivamente militar, nosotros tenemos el derecho a la sospecha de que por encima, o detrás, de esa invocación hay otros motivos, como pueden ser los de que, al impulso — natural, si queréis — de expansión de quienes se encuentran con un poder económico, político y militar tan superabundante que escapa a su propio albedrío, a su propio dominio, se pretenda sentar planta en puntos estratégicos de Europa, no solamente con fines de defensa, sino acaso con fines de ofensiva y, desde luego, con ambiciones de tipo imperialista.

¿Qué alcance, decía yo antes, va a tener, si llega a consumarse, el tratado con Franco? ¿Y qué duración? El alcance es fácil sospecharlo, por lo menos en lo fundamental. En cuanto a la duración, a su prolongación en la historia, hay en la historia misma ejemplos abundantes que nos dicen lo fácil que es para el poderoso instalarse en un país y lo mucho que cuesta hacer que salga de él. Desde 1882, el año en que ponen pie en Egipto, están anunciando los ingleses su retirada y aún siguen allí. Para no alejarnos hasta China y la India, para venir a ésto ponen pie en Egipto, están anunciando los ingleses su retirada y aún siguen allí. Para no alejarnos hasta China y la India, para venir a ésto ponen pie en Egipto, están anunciando los ingleses su retirada y aún siguen allí. Para no alejarnos hasta China y la India, para venir a ésto ponen pie en Egipto, están anunciando los ingleses su retirada y aún siguen allí.

MENSAJE A EISENHOWER

Complicidades que jamás podrán justificarse ante la Historia

Ewight David Eisenhower,
Presidente de los Estados Unidos de América.
Washington, D. C.

Las agrupaciones que suscriben, en nombre de los millares de militantes suyos obligados a vivir en la explotación desde que, merced al auxilio de Adolfo Hitler y de Benito Mussolini pudo Francisco Franco establecer una sanguiñaria tiranía, y en nombre también de los millones de antiguos afiliados a ellas que dentro de España, y a consecuencia de esa misma tiranía, halláanse imposibilitados de expresar su opinión por estarles prohibido el ejercicio de los más elementales derechos, elevan ante vuestra Excelencia muy enérgica protesta contra el propósito que se atribuye al Gobierno de los Estados Unidos de asociarse militarmente a aquel régimen despótico, pues, sea cualquiera la forma en que se esta-

Un telegrama de los compañeros cenetistas y socialistas residentes en Veracruz (treinta firmas).

Una carta de los afiliados a Izquierda Republicana, Roberto Escribano, Paulino Herranz y Antonio Robles.

Pero el broche digno a la jornada lo puso Indalecio Prieto cuando, como un apéndice a su discurso, anunció la lectura de tres cartas suscritas por otros tantos hombres representativos de la América hispana que, a requerimiento suyo, expresaban su opinión acerca del proyectado pacto de los EE. UU. con Franco. Son tres hombres ilustres por su significación y por su valía personal. Se llaman Rómulo Gallegos, novelista insigne, ex presidente de Venezuela, hoy en el destierro; Eduardo Santos, figura intelectual de primera categoría, ex presidente de Colombia, también ahora en el destierro; y Lázaro Cárdenas, el gobernante sin par, ejemplo de estadistas, a quien los republicanos españoles, y nuestros hijos y nuestros nietos, llevaremos siempre en el corazón. Las tres cartas fueron leídas por Indalecio Prieto; con emoción profunda, comunicada al auditorio que, puesto en pie, guardaba un absoluto silencio en el que se adivinaban el dolor, el recuerdo y la esperanza de España.

mera intervención norteamericana en Santo Domingo, y trajo como consecuencia la intervención de las aduanas dominicanas. Vino la segunda en 1916, ocupación que respondía a un incidente sin importancia, según se dijo, pero duró ocho años. En 1912, los marinos de los Estados Unidos pisaron tierra en Nicaragua, y pasaron muchos años antes de que lo abandonaran, dando lugar a que Sandino realizara la epopeya heroica que conmovió al mundo. En 1899, la Cuba que creía libertarse de la tiranía española, tuvo que soportar hasta 1934 la humillación de la enmienda Platt. Puerto Rico, la cenicita de América, que también creyó ser libre cuando perdimos los españoles la guerra de 1898, todavía sigue sin ser libre y sin ser siquiera un dominio más con plenitud de derechos, de los Estados Unidos. Y, en fin, para no buscar ejemplos fuera de nuestra propia casa, ahí está, desde 1704, como una ofensa permanente a la soberanía española, la dominación inglesa del Peñón de Gibraltar.

¿TODA ESPAÑA UN GIBRALTAR?

Con el pacto en ciernes, se quiere, acaso, hacer que toda España sea un Gibraltar? Yo digo que sí. No vale que se busquen artificios y sofismas para disimularlo. Pero hay algo peor. Perpetrado el contubernio, los gobernantes de los Estados Unidos, aunque les repugne, tendrán que ser no sólo unos defensores intransigentes de sus propios intereses creados en España, sino también, como consecuencia inevitable, y automáticamente unos defensores del régimen de Franco. La protección de sus intereses, la necesidad de conservar un régimen de tranquilidad, de orden material, en España, el temor — no sé si han reparado en eso los gobernantes de la Casa Blanca — de que cualquier gobierno que suceda al de Franco ostentando una auténtica representación popular se niegue a reconocer los compromisos contraídos por la dictadura, llevará fatalmente a los gobernantes de Estados Unidos a ejercer una especie de policía protectora del régimen de Franco.

¿Cabe bochorno mayor para el Gobierno de la nación democrática más poderosa del mundo? Quiero pensar que aun es éste un problema sometido a examen y que de ese examen puede salir una rectificación. Cuando nosotros comparecemos en la tribuna pública a pedir que se nos ayude a resolver el problema de España, no pedimos que se nos haga ninguna gratificación a título de beneficio gracioso. Venimos, primero, a pedir justicia — ya lo dije antes —, la que se nos debe; después, a decir y repetir que nuestra voz no será jamás silenciada; y luego, a proclamar — los hechos rubrican nuestras palabras, porque ya han pasado bastantes años desde que la guerra civil se produjo —, que mientras el problema de España no sea resuelto con arreglo a razón y a ley, seguirá siendo un cáncer que envenenará la vida internacional. Por de pronto, el simple hecho de pretender trazar relaciones con Franco ha producido ya muchas fisuras entre las naciones democráticas de Europa y el Gobierno de Estados Unidos. Peca de error el Gobierno de Washington cuando piensa que puede, por sí, imponer su voluntad, el predominio que le da su gran potencia económica, política y militar, menospreciando a Europa. Europa, debilitada, es verdad, afligida por muchas calamidades, destrazada por unos estragos y unos bombardeos que los Estados Unidos, afortunadamente para ellos, no han tenido ocasión de conocer, tiene miedo a la guerra. Pero Europa no ha venido tan a menos como piensan algunos políticos norteamericanos. Europa, unida, representa políticamente una tradición aleccionadora; económicamente, una entidad que sólo superan los Estados Unidos; cultural y civilizadamente, es todavía el faro más luminoso, y lo será por mucho tiempo, que alumbrará en el mundo.

«AMERICA PARA LA HUMANIDAD»

No se puede desdeñar a Europa, y el problema de España es uno de los que más contribuyen a que las relaciones entre el bloque occidental adquieran caracteres de aspereza que se traducen, simplemente, en beneficio gratuito que recibe la propaganda comunista. ¡Ojalá esta voz que ahora levantamos en petición de justicia, fuera escuchada en la Casa Blanca! ¡Ojalá, saliendo de esa especie de campana neumática en que parecen metidos los gobernantes norteamericanos, se aplicaran un poco más a estudiar psicológicamente lo que pasa en el mundo y cómo piensan los hombres que lo pueblan!

En 1823 se proclamó la doctrina Monroe. Era entonces una respuesta a la Santa Alianza ante el temor de que las naciones europeas trataran de imponerse nuevamente en América. Y se dijo: «América para los americanos». Pasó el tiempo, y cuando empezó la expansión norteamericana sobre el Continente americano, alguien, o muchos, le dieron a la doctrina Monroe una interpretación nueva, que era ésta: «América para los yanquis.» Después de la segunda guerra mundial, la expansión norteamericana ya no reconoce límites, y cabe pensar si estaremos en el comienzo de una tercera etapa de la doctrina Monroe que podrá definirse así: «Europa también para los yanquis.» Pero tengan cuidado los gobernantes de EE. UU. El poderío material, afortunadamente, no lo hace todo. Los valores morales y espirituales pesan y pesarán siempre en el mundo, y, a la larga, son los que vencen siempre.

En nombre de la Unión General de Trabajadores, en nombre de nuestros compañeros que en España padecen persecución, yo apelo aquí a la conciencia, si es que nuestra voz ha de ser oída, de los hombres liberales, que son muchos, que hay en Norteamérica. Apelo a su historia, apelo a las organizaciones obreras de los Estados Unidos. Apelo a la confianza que durante muchos años, y todavía hoy, la democracia universal puso y pone en los Estados Unidos, para inducirlos a que revisen su política, para que esa torpeza insigne que constituiría el entrar en tratos con Franco, no llegue a ser realidad. La doctrina de Monroe proclamaba: «América para los americanos.» Es una fórmula reaccionaria, anticuémica, pero, en fin, valdeira, si queréis, en su tiempo; hoy no. Muchos años después de formularse, a finales del siglo pasado y justamente en el primer Congreso panamericano celebrado en Washington, otro americano ilustre, el argentino Roque Sánchez Peña, lanzaba otra consigna, mucho más universal y generosa: «América para la humanidad», es decir, para la libertad, para la democracia y para la justicia, las tres virtudes teológicas que están proscribas en la España de Franco (APLAUSOS).

JOAQUIN CORTES

Pactar con Franco es pactar con la traición. Todo el que pacte con Franco es nuestro enemigo, y a Franco y a cuantos a él se alienen se opondrá España, aunque tenga que comprometer la vida del último español que quede en pie de combate.

ATACARA NORTEAMERICA AL PUEBLO ESPAÑOL?

Me congratula que los organismos que han puesto en marcha este acto — Partido Socialista, Unión General de Trabajadores y Confederación Nacional del Trabajo — hayan comprendido la gravedad inmensa, sin limitaciones, que pesa sobre España y que está a punto de agravarse nacional y mundialmente.

Vamos a discutir, a pronunciarnos sobre una potencia democrática y no sobre una potencia fascista; a discutir concretamente la posición de Norteamérica en relación a la incorporación de Franco como potencia asociada con las naciones de la Europa occidental frente al mundo comunista. Por ello cualquier opinión que nosotros podamos expresar aquí podría llevar al ánimo y a la consideración de personas susceptibles de catalogarnos, como es frecuente, en un plano que no es el nuestro. Ni en mi persona, ni en la historia gloriosa de la Confederación Nacional del Trabajo, cabe pensar que nosotros podamos sostener ni apoyar ninguna ideología que se salga fuera de las normas fundamentales de lo que es el socialismo libertario. Y, dicho esto, vamos a hacernos una pregunta: ¿Por qué los españoles en México, por qué los españoles en todos los lugares del mundo donde pueden reunirse, donde tienen derecho a manifestar su pensamiento, se ven obligados hoy a plantear el problema de la defensa de España, después de lo que ha ocurrido en el mundo? Esta pregunta es gravísima. Nuestro pueblo puede presentar títulos de antifascismo activo, como ningún otro, ante todas las potencias democráticas, ante todos los pueblos del mundo. España ha sido uno de los países, mejor diría el único país, que cuando casi toda Europa estaba entregada de una manera general a la ideología fascista, cuando los pueblos se doblegaban sin lucha a los golpes de Estado o a las marchas marciales del nazifascismo, España no se entregó. España peleó y le hizo frente. Nuestros méritos — podemos decirlo muy alto ante todo el mundo — emanan del sacrificio de millón y medio de muertos en la retaguardia y en los campos de batalla en el territorio español. (Aplausos).

FUIMOS DEFRAUDADOS

Así, pues, los títulos que podemos exhibir son valaderos, pese a que, derrotados por las hordas fascistas españolas, italianas, alemanas e internacionales, cuando llegamos — los que pudimos llegar — a determinados países democráticos, se nos recibía no como luchadores por la libertad, no como hombres que habían dado todo en defensa del Derecho, sino como si hubiésemos sido criminales que había que guardar en campos de concentración para que no contamináramos a nadie. Y aun así, cuando por cobardía, por incompreensión por no calibrar el proceso que vivía el mundo en ese momento; cuando estalló la guerra mundial, los españoles no tuvieron rencor contra los que nos habían tratado de aquella manera. Y nuestros hombres murieron en todos los campos de batalla. Nosotros, socialistas, libertarios, sindicalistas, republicanos y hombres de todas las tendencias, hemos conocido la cantidad de millares y millares de hombres asesinados en los campos de tormento de Alemania y, a pesar de ello, siempre los españoles han estado y están en la vanguardia de la defensa de la libertad. Y peleábamos porque somos quiotes, porque antepusimos la justicia ante cualquier otro problema de conveniencia personal o colectiva. Esperábamos que el mundo recogiera el dolor y la pasión del pueblo español; esperábamos que al terminar la guerra triunfalmente para las potencias democráticas, éstas recogieran ese anhelo de justicia nacional española y facilitarían la caída del verdugo, del asesino del pueblo español. Y no fué así. Esto es lo que tenemos que constatar con dolor. No fué así. Se nos ofreció la declaración de San Francisco condenando el régimen fascista de Franco. Se nos dió después la declaración tripartita diciéndonos que si el pueblo español se unía en un fuerte bloque nacional, entonces las tres potencias se comprometerían a echar de España a Franco y a instaurar la democracia.

Todos estos ofrecimientos han sido una burla sangrienta, un engaño colosal, y hoy se nos ofrece a los españoles un tratado por el cual Norteamérica se compromete a entregar miles y miles, o centenares de miles de dólares al verdugo del pueblo español, a cambio del derecho de ocupar bases terrestres y marítimas en España. ¿Por qué — pregunto de nuevo — ha sucedido esto? Nosotros tenemos el derecho y el deber de preguntarnos todos y cada uno por qué ha sucedido esto. Sencillamente por algo que todos podemos constatar en este momento y que no solamente repercutirá contra el pueblo español, como ya lo ha indicado el compañero que ha hecho uso de la palabra en nombre de la U.G.T.: porque la mentalidad política norteamericana — esto está dicho no por un anarquista, ni por un comunista, ni por un sindicalista —, la mentalidad política norteamericana — repito — falla en sus planes de formulación de defensa de las democracias. (Muy bien, muy bien.) Este es el problema. Nos encontramos, pues, como decía el Primero de Mayo don Indalecio Prieto, con los que a toda costa quieren llevar a los pueblos a una catástrofe, los que sostienen, gráficamente expresado, el concepto de la guerra preventiva, y esos señores abroquelados en el Pentágono, abroquelados en la vida política de la nación norteamericana — que como bien que no involucramos al pueblo norteamericano — han desvirtuado toda la política que da signo democrático, mantenida por las Naciones Unidas; esos señores han impedido la cristalización de los propósitos que en favor de la democracia española propugnan en determinado momento las potencias democráticas de Europa.

INCAPACIDAD PARA DIRIGIR LA DEMOCRACIA

El drama del mundo, no de España, está ahí. Norteamérica no tiene calidad para ser dirigente de la democracia en los momentos que vive la humanidad. (Muy bien. Aplausos.) ¿Por qué? Porque los problemas han desbordado sus previsiones, porque los problemas generales de la sociedad han rebasado los cuadros en que clásicamente se dirimían los procesos de orden económico, político y jurídico. Y nos encontramos, mejor dicho, el mundo se encuentra ante el trance de transformar todas sus condiciones generales de vida o perecer. Este es el dilema. Y eso no lo calibran los dirigentes norteamericanos, y por no calibrarlo, sucede que el bloque occidental está cuarteándose cada día más. Los hombres de Europa, los pueblos de Europa, que han hecho dos guerras y que se preguntan a sí mismos, en su conciencia, qué han ganado con ellas, se ven en la mayor miseria, en el mayor abandono. Han perdido todas sus posibilidades de vida, que eran, en cierta forma, insuperables en la época de anteguerra. Y los hombres de Europa no quieren ir de nuevo a otra matanza, ni saben con qué finalidad ha de mandarse al matadero a todo el mundo. Esta es la terrible realidad actual.

Y bien; los hombres del Pentágono pueden hacer lo que quieran con relación al problema español. El Gobierno americano, si no oye la voz de sesenta millones de trabajadores, si no oye la voz de todos los pueblos y de los Gobiernos democráticos, aceptará una responsabilidad histórica de proporciones incalculables. Estamos expresando una opinión que no la puede expresar en España el pueblo español respecto al problema que se le ha planteado. Yo voy a leer unas notas para que veáis cómo piensa la clase trabajadora española y qué interpretación le da la misma al proyecto de incorporación de Franco como aliado a las potencias occidentales. La Unión General de Trabajadores y la Confederación General del Trabajo, por un lado, y la Oposición Democrática, por otro, han hecho llegar a las cancellerías dichas notas. Son muy cortas. Las hemos reducido aún más para que expresen lo fundamental del problema, a fin de no cansaros. Y dicen las organizaciones mencionadas a las potencias occidentales, y a Norteamérica en primer lugar, lo siguiente:

Dicen las dos centrales sindicales:
Las masas obreras españolas están firmemente decididas a no cooperar al esfuerzo militar o industrial de España, caso de que estalle la guerra, si el general Franco sigue rigiendo los destinos de España.

Los elementos directivos de las organizaciones anticomunistas serán impotentes para evitar el sabotaje de cualquier operación militar dirigida por el general Franco.

Las organizaciones obreras autoras de esta nota cumplen su deber al avisar con tiempo cual va a ser su actividad para que nadie pueda abrigar la fatal creencia de que la unidad espiritual del país, indispensable en cualquier coyuntura bélica, puede obtenerse bajo la tiranía del actual dictador. Cualquier política democrática que ignorara esta verdad esencial se expondría a recoger los más amargos frutos.

La Oposición Democrática expresa:

España se siente traicionada por muchos Estados del mundo, y muy particularmente por los Estados Unidos. Pero que nadie olvide que el pueblo español ha dicho su última palabra y su juramento de honor será defendido hasta la muerte.

ROMULO GALLEGOS

¿Qué escrúpulos de timoratos pueden impedir a los EE. UU. que hoy se den amistoso apretón de manos con Franco?

SEÑOR DON INDALECIO PRIETO
MEXICO, D. F.

Distinguido e ilustre amigo: Le agradezco muy sinceramente el honor que me ha hecho al incluirme entre las personas que, por obra de responsabilidades públicas asumidas en los momentos de confianza popular depositada en ellas, hayan de contestar al planteamiento básico contenido en el notable discurso de usted, en esa ciudad, la noche del 30 de abril recién pasado.

Se pregunta usted si pueden moralmente los Estados Unidos concertar algún entendimiento colaboracionista con el actual Gobierno de España, sin que eso sea, desde luego, violación flagrante de los compromisos contraídos por ellos mismos en el Pacto del Atlántico Septentrional, y yo, sin extenderme en las consideraciones de peso que mejor razonadas, abundaran en las otras respuestas que usted recibirá, quier formular la mía cual si no supiese que usted está al cabo de la calle en todo cuanto pueda referirse al presente caso de ese posible entendimiento, adoptando esta apariencia de réplica:

¿Pero cuándo se ha visto que los poderosos, naciones u hombres, poseídos de los delirios de la arrogancia, de la fuerza bruta, no hagan, por impedimentos de orden moral, lo que les convenga y les plazca? ¿Van a renunciar los Estados Unidos a su vehemente deseo de tener también sus gibraltares en España, desperdiciando la buena oportunidad que para ello les brinda la del régimen franquista y sólo porque en un determinado momento les convino suscribir compromisos de idealistas, en nombre de los principios de la democracia y de los derechos humanos al goce de la libertad y de la dignidad? ¿Ni qué escrúpulos de timoratos pueden impedirles que hoy se den amistoso apretón de manos con el dictador Franco, supervivencia del nazifascismo que ayer combatió, y copiosa sangre de su pueblo les costó, si por acá mantienen cordialísimas relaciones con dictaduras de la misma índole, si no de peor especie, opresoras de pueblos americanos también? ¿Acaso van a tomar en cuenta la reciente humorada, de fino estilo inglés, del honorable Señor Winston Churchill, que en eufórica digestión de copioso banquete ha afirmado que la Gran Bretaña y los Estados Unidos — o mejor dicho: sus Gobiernos — son madre e hijo, idénticos en el odio a las dictaduras?

Usted ha cumplido, ilustre amigo, su deber de buen español y de hombre situado en los atormentados puestos del honor y de la justicia en estos difíciles tiempos, al formular su valeroso planeamiento y yo le agradeceré siempre la invitación que me ha hecho a definición inequívoca, ante las angustias de su pueblo y el mío, que una misma suerte vienen corriendo.

Le saluda cordialmente su admirador y amigo.

EL DISCURSO DE INDALECIO PRIETO

Parece inútil decir quiénes somos; parece inútil, igualmente, decir a quiénes representamos. Pero por si no existiera esa inutilidad y fuese necesaria la presentación, ya ha quedado ésta suficientemente hecha por Manuel Albar y Joaquín Cortés. Importan poco o nada las personas; importan mucho, muchísimo, las colectividades en cuyo nombre hablamos: el Partido Socialista Obrero Español, que era la colectividad política más potente entre las sostenedoras de la República española, cual lo acreditan, no sólo su cifra de afiliados, sino el dato, harto significativo, de haber tenido el grupo parlamentario más numeroso en las Cortes de 1931, en las de 1933 y en las de 1936. Y en cuanto a la Confederación Nacional del Trabajo y a la Unión General de Trabajadores, importa decir, para quienes en estas latitudes puedan ignorarlo, que el número de sus militantes no se contaba por centenas de millar, sino por unidades de millón. Estamos seguros, al hablar aquí quiénes hemos sido designados para hacerlo, de hablar no sólo en nombre de los miles de afiliados de las tres colectividades citadas que están en el exilio, sino de los millones de militantes que quedan allí.

España está muda dentro, forzosamente, no voluntariamente. ¿Qué menos podemos hacer nosotros que hablar por ella? Hablar, alto y claro, sin arrogarnos ajenas representaciones, por los millones de militantes que componían la Confederación Nacional del Trabajo, la Unión General de Trabajadores de España y el Partido Socialista Obrero Español, colectividades que no se han extinguido, sino que, como lo revela el documento leído por Joaquín Cortés, siguen actuando dentro de España, aunque en la clandestinidad y a costa de muchas víctimas que, al cabo de catorce años del triunfo falangista, continúan siendo inmoladas allí.

Las siglas P.S.O.E., C.N.T., U.G.T., tienen hoy un festín rojo del cual gotea sangre. Ese festín lo ha puesto en derredor de ellas el general Franco, quien no está dispuesto a arrojárselo. En las vistas de procesos que todavía se celebran ante los tribunales militares, son preferentemente, o exclusivamente, afiliados del Partido Socialista Obrero Español, de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Unión General de Trabajadores los que van a presidio y los que son empujados ante los pelotones de ejecución, cuando no mueren bajo tormento en las celdas policíacas.

Hablamos, pues, aquí por quienes no pueden hablar allí. Y somos voces perfectamente autorizadas, porque nadie nos puede negar la representación de las agrupaciones ya mencionadas. Nos basta con ostarlar, para no necesitar arrogarnos ninguna otra.

Conviene también decir por qué estamos aquí y qué deseamos. Somos fugitivos que han huido de la tiranía y somos hombres anhelantes de paz y de libertad en todo el mundo y singularmente en nuestro territorio patrio.

Venimos, preferentemente, a hacer esta afirmación rotunda — en mis labios no es sino una ratificación de lo que han dicho los oradores anteriores —: que Franco no nos representa y que no refundamos absolutamente nada de lo que firme, porque sólo podríamos refundar aquello que decida el pueblo español, y cuanto se está tramitando ahora, es a espaldas de nuestro pueblo. He ahí la significación de este acto.

En la nueva literatura policíaca de España acaba de asomar — y se ha repetido con motivo de la espantosa muerte de nuestro correligionario Tomás Centeno — el calificativo de forajidos. ¡Lo somos! Lo somos porque forajido es todo delincuente que huye de la justicia, y nosotros somos fugitivos de la justicia de Franco, que nos considera delincuentes. Hace varios años, obsequiando con una comida fraternal a nuestro correligionario Luis Jiménez de Asúa, decía yo que quienes estábamos rodeándole en la mesa éramos delincuentes honrados. Llevamos sobre nosotros, y a mucha honra, nuestra delincuencia. Somos unos forajidos, repito, y al proclamarlo sentimos, no diré yo que un gran goce, pero sí un diminuto placer al vernos igualados en el insulto con los ingleses y los norteamericanos, cuando eran también, hace pocos años, en labios de Franco, tan forajidos como nosotros. (FUERTES APLAUSOS.)

Franco continúa empecinadísimo en la captura de forajidos, de delincuentes que han huido, porque recientemente, y como ensayo de futuras solicitudes idénticas, formuló ante los tribunales franceses la solicitud de extradición de tres refugiados, pretendiendo que ella sirviera de prólogo a otras que, en grupos grandes, formularía después. Por fortuna, los tribunales franceses, al amparo de un tratado que data de nuestras guerras civiles del siglo XIX, no podían conceder las extradiciones pedidas. Es más, digamos en honor de Francia que ni durante la época de Vichy, que ni durante el Gobierno presidido por el mariscal Pétain, fué concedida una sola extradición, habiéndose perdido muchas. Aquellos compañeros, aliados y amigos que habrían prendidos en Francia por el Gestapo, combinada con la guardia civil española, para ser entregados a los piquetes de ejecución en España, lo fueron violentamente en las zonas de ocupación alemana, y por mandato de Hitler sin el consentimiento de Francia.

CONTINUACION DE OTRO DISCURSO

Mi discurso de hoy ha de ser como continuación o complemento de otro que pronuncié el 30 de abril. Las conclusiones de aquel discurso mío, en el punto concreto por el cual estamos congregados hoy, pueden resumirse así:

- 1) El convenio con Franco se negocia por los Estados Unidos a espaldas del pueblo español, contrariamente a lo que se viene haciendo en casos semejantes con los respectivos pueblos en todas las naciones civilizadas;
- 2) mediante dicho convenio pretenden tomar a España en alquiler para, eslabonándola en la cadena atómica, convertir nuestra patria en base de ataque y en no reducto defensivo;
- 3) Washington tiene dos medidas para los dictadores, profesándoles afecto o tratándoles con desafecto, según el provecho que saque de ellos, y no por razones ideológicas;
- 4) cuando no se usa el mismo rasero para todas las dictaduras, se pierde la fuerza moral invocada a fin de combatir contra alguna de ellas;
- 5) el convenio bilateral con Franco corrompe el Pacto Atlántico y lo destruye moralmente, ya que este pacto se suscribió para defender los principios democráticos, las libertades individuales y el reinado del derecho, mientras aquel convenio servirá para afianzar un sistema antidemocrático, contrario a las libertades individuales y por el cual, en vez de reinar el derecho, imperan la arbitrariedad y el despotismo, y
- 6) Eisenhower quiere independizar a los países de Europa oriental suponiendo que sus regímenes dictatoriales son fruto de la imposición, y, en cambio, se dispone, según las trazas, a proteger al régimen de España, también dictatorial y también fruto de la imposición.

Esta última conclusión merece, de mi parte, un comentario breve. Es éste: si se aborrece a todas las dictaduras y se pretende destruir las que bajo amparo ruso se han constituido en la Europa oriental, ¿por qué se olvida a España? La destrucción de las dictaduras en los países orientales de Europa entraña, desde el punto de vista bélico, una enorme dificultad, porque todos los regímenes de esas naciones están respaldados por dos inmensas potencias, como Rusia y China, y forman parte de un engranaje político, el del comunismo gobernante, que, a estas fechas, abarca la tercera parte de la población del mundo. La empresa es difícil y está llena de riesgos. A España no la respalda nadie. Si es verdad que con carácter general se aborrecen las dictaduras, que los Estados Unidos contribuyan a derribar la de España, para lo cual poco empuje necesitarían, porque con un soplo basta. Inclusive se caería sola, si desde fuera no se le auxiliara. Luego, la posición norteamericana de enemistad hacia todos los totalitarismos es falsa, es hipócrita, es innoble (GRANDES APLAUSOS.)

Naturalmente, nuestra palabra está inflamada de pasión y pueden algunos considerar exageradísima nuestras frases; pero en el seno de los propios Estados Unidos también se levantan voces de protesta.

El señor William Douglas, miembro del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, hablando ante el Instituto Americano del Derecho, se expresó recientemente así: «Los Estados Unidos de América han perdido la posición eminente que ocupaban en el dominio moral cuando finalizó la última guerra. Vistos desde el extranjero, parecen llenos de confusión y de intolerancia. Una de las causas importantes de tal situación es la tendencia creciente, en interés de la seguridad, de desdénar los derechos individuales y adoptar, cada vez más acentuadamente, las tácticas empleadas por fuerzas a las cuales nos oponemos en el mundo. Esas prácticas y actitudes quizá pasen inadvertidas aquí, pero no constituyen una voz de América mucho más potente que cualquier programa que podamos confiar a las ondas radiofónicas.»

He recogido este testimonio porque, dada la calidad de la persona que lo emite, tiene indiscutible valor y porque no debemos confundir, en nuestras apreciaciones, la conducta de los gobernantes norteamericanos y la del pueblo de esa vastísima nación.

Sin embargo, aunque hayamos de enfocar hoy nuestra crítica hacia los Estados Unidos, no debemos exculpar el proceder que con nosotros ha seguido otras potencias llamadas democráticas. Pero no podemos menos de reconocer que en cierta parte han obrado y están obrando bajo la presión de los Estados Unidos. Volviendo a las palabras de mister William Douglas, cabe evocar el refrán de que a confesión de parte, relevación de prueba.

LA CONDUCTA DE LOS ESTADOS UNIDOS

La conducta de los Estados Unidos la encontramos reflejada, sin necesidad de entrar en conjeturas cuyo campo es amplísimo, en tres hechos indiscutibles. En 1950, bajo el patrocinio y la presión de los Estados Unidos, la Asamblea de la O.N.U. derogó las recomendaciones que constituían una condena moral contra Franco, votadas por esa misma Asamblea en 1946. En 1952, bajo el patrocinio y la presión, más desatada aún, de los Estados Unidos, se admitió a la España de Franco, constituyendo ello un sarcasmo, en la UNESCO. Y el tercer hecho, es que en varias ocasiones ha sido auxiliado Franco financieramente por la Banca norteamericana, con anuencia del Gobierno de Washington, incluyendo importantísimos préstamos hechos por el Banco de Exportación e Importación, que es un Banco oficial, administrado por el propio Gobierno.

Sobre estos tres hechos indiscutibles, imitables, incontrovertibles, sucesos los tres, se yergue ahora la amenaza de culminar la deshonra mediante el convenio militar que el Gobierno de Washington se dispone a establecer con el de Franco.

La guerra mundial — la tercera, tan temida — es una contingencia muy problemática. No sé yo quien profetice si esa guerra estallará o dejará de estallar; pero nótese claro, desde luego, que la primera consecuencia tangible — y lo han señalado también los oradores que me han precedido en esta tribuna —, la primera consecuencia tangible del convenio militar Washington-Madrid será el reforzamiento de la tiranía en España, haya guerra mundial o no la haya. Veremos cómo los Estados Unidos proporcionarán gratuitamente, a Franco armas modernas para su ejército, en contraste con la actitud de esa misma nación que, a través de la llamada ley de Neutralidad y secundando el pacto europeo de No-Intervención, negó a la República, régimen legal, expresión legítima e innegable de la voluntad española, armas que queríamos comprar pagándolas por adelantado. El contraste es muy duro para que pase inadvertido.

Aunque lo hayan dicho Albar y Cortés, no está de más que lo repita yo: quienes ocupamos hoy esta tribuna no tenemos ni mota de comunismo, como tampoco la tienen las colectividades a que pertenecemos. Si hubimos de conllevar ciertas situaciones con Rusia y si hubo incluso que soportar el chantaje soviético en la guerra de España, no fué culpa nuestra, fué culpa de los Estados Unidos y de las otras naciones que nos negaron el armamento, que sólo Rusia... (GRAN OVACION QUE IMPIDE OIR EL FINAL DEL PARRAFO.)

LOS PANTALONES DEL FUSILADO

Podemos encontrarnos con una situación terrible, cual señalaba, con acierto, Joaquín Cortés. España entera es, en realidad una cárcel. Franco ha apelado a un sistema carcelario-económico que consiste en tener, mediante la llamada «libertad vigilada», a inmenso número de presos sin la obligación de alimentarlos. Son rehenes. Puede llegar el caso de una conmoción popular, y entonces, a pretexto de que todas nuestras gentes — cenetistas, ugetistas, socialistas, republicanos — constituyen un peligro para los establecimientos militares que los Estados Unidos instalan en nuestro territorio, Franco las encarcelará. Incluso se sentirá con arrestos — como no, si jamás le han faltado! — para fusilar a gentes nuestras. En tal caso, ¿cuál va a ser, como dramáticamente se preguntaba Joaquín Cortés, la actitud de los Estados Unidos? Ya habrán delinquido aumentando el poderío represivo de Franco; delinquirán mucho más si le ayudan directamente en la represión. En los dibujos de Goya sobre la represión napoleónica en Madrid, el año 1808, aparecen patriotas, hijos del pueblo, frente a los pelotones de ejecución franceses, con la camisa abierta dando el pecho a las balas.

Semanas atrás leí un episodio que me conmovió. En Sevilla, al ir a ser fusilado un hombre de la Resistencia pidió al jefe del pelotón que le dejara despojarse de los pantalones, bajo pretexto de que los pantalones pudieran servir a su padre. No serían grandes las ganancias obtenidas por este forajido con sus hechos delictivos cuando, por toda herencia, dejaba a su padre unos viejos calzones. Pero, ¿no tendría otro sentido esta demanda? (APLAUSOS) ¿No habría el deseo de mostrar ante el pelotón entero los signos cabales de la virilidad? Pues quizá tras el convenio Washington-Madrid llegue día en que esa lección sea aprendida y que muchos hombres se bajen los pantalones al ir a ser ejecutados para que se les vea a la hora de la muerte... (APLAUSOS QUE NO PERMITEN OIR LAS PALABRAS FINALES.)

El general Eisenhower va a encontrarse vinculado con el genocida Franco, que después de la victoria — dejemos aparte todas las brutalidades de la guerra —, viene dedicándose al exterminio de sus adversarios. Estamos asistiendo al descrédito de la democracia capitalista, y yo temo mucho — perdonadme esta confesión — que asistimos también al descrédito del socialismo democrático y al descrédito del sindicalismo internacional. Si esto ocurriera, porque hechos vergonzosos lo produzcan, no se asombrar los estadistas de Norteamérica, y los que en otros Continentes les imiten, de que el proletariado, en un impulso de desesperación, se entregue en masa al comunismo. Una falta de cálculo, una falta de tacto, una falta de sentido común, está guiando una política tremendamente desastrosa.

POR QUÉ SE UTILIZARA A ESPAÑA

Como sabéis, el convenio en proyecto tiende a establecer en España bases navales y bases aéreas a disposición de los Estados Unidos. Es curioso, porque España está más distante de Rusia que cualquiera de las naciones que constituyen el Pacto del Atlántico y que, consiguientemente, hállese implicadas en una solidaridad defensiva con ciertos visajes ofensivos, y más obligadas que España a semejantes servicios.

Son más útiles las bases aéreas en Inglaterra, en Francia, en Italia y en los países nórdicos que en España, punta suroccidental del Continente europeo. ¿Cómo se explica entonces la utilización de España? Pues se explica sencillamente y muy lamentablemente. Se alquila a España para cumplir funciones ofensivas a las que se niegan las naciones componentes del Pacto Atlántico (MUY BIEN, MUY BIEN, PROLONGADOS APLAUSOS.)

LAZARO CARDENAS

Lo más trascendental para un Pueblo, para un Gobierno, para un individuo, es vivir dentro de una norma

SEÑOR DON INDALECIO PRIETO CIUDAD.

Distinguido y fino amigo: Me es grato corresponder a su plática del día 11 del presente, que tuve el gusto de saludarlo.

Doy a usted mi opinión sobre el Tratado que se anuncia entre Washington y Madrid para establecer en España bases navales y aéreas.

Considero que dicho Tratado entraña grave lesión al Pacto del Atlántico del Norte, el cual aspira a reafirmar los propósitos de las Naciones Unidas, toda vez que los países que lo suscriben reiteran con ello su deseo de vivir en paz con todos los pueblos y todos los Gobiernos, y enuncian su decisión de salvaguardar la libertad de los pueblos, su herencia común y su civilización, fundadas en los principios de la democracia, la libertad individual y el reinado del derecho.

La forma del proyecto del Tratado entre los Estados Unidos y el Gobierno español desvirtúa todos y cada uno de los puntos que persigue el Pacto de referencia al atribuir al Gobierno de Madrid cualidades que no tiene. Además, un convenio de esta naturaleza coloca-

ría a los Estados Unidos en una situación incómoda, si quiera por el hecho de que contribuiría a agigantar los obstáculos con que tropiezan las pláticas que, ante la expectación universal, se desarrollan en este momento alrededor de la paz en Corea.

Por otra parte, aceptar la entrega de la soberanía que un Gobierno sin fuerza popular haga, para sostenerse, en manos de alguna potencia extranjera, aparte de contribuir a prolongar la esclavitud en que se debate un pueblo sojuzgado, coadyuva a consolidar todas las oligarquías similares existentes en otros lugares de la Tierra.

Sobre todo eso, lo más trascendental para un pueblo, para un Gobierno o para un individuo es vivir dentro de una norma, y pactar con un régimen producto de la intervención nazi-fascista en aquellos desconcertantes preliminares de la Segunda Guerra Mundial sostenida por las Potencias Unidas precisamente con el eje nazi-fascista es suponer que los pueblos democráticos del mundo han renunciado a todos los valores humanos que hacen de la existencia un impulso obediente a normas que no se pueden transgredir.

Soy de usted atento amigo y servidor. LAZARO CARDENAS.

EDUARDO SANTOS

La inmoralidad imperante, que prefiere bases estratégicas a bases morales, tiene que optar por cerrar ojos y oídos

SEÑOR DON INDALECIO PRIETO, México, D. F.

Querido e ilustre amigo: Andaba por tierras del Loira y al regresar ayer a París encontré su carta, que me apresuro a contestar. Con el interés que me inspira todo lo suyo, le agradeceré (no faltaba más), el magnífico discurso que publica «ADELANTE» y que es una colección de incontestables verdades.

Excelente su idea de obtener el concepto de eminentes personalidades europeas sobre la posibilidad moral de que las naciones que firmaron el Pacto Atlántico, o alguna de ellas, entre en acuerdos de estrecha colaboración con el Gobierno de Franco. Pero realmente le confieso que la pregunta que usted formula tan acertadamente, tropieza para su contestación adecuada con el mismo inconveniente con que se tropieza para demostrar un axioma. El problema es de una sencillez desesperante. Basta comparar el preámbulo del Pacto y el proyecto de colaboración para que se destaque la incompatibilidad total. O lo uno o lo otro, pero no ambas cosas a la vez.

Uno o el otro, pero no ambas cosas a la vez. La cuestión de nuestro tiempo: la de la relación que debe existir entre las normas de conducta y los actos, entre los principios y las prácticas, entre las palabras y los hechos. Y es también la cuestión existente entre lo que manda la moral elemental y lo que aconseja la míope conveniencia sin escrúpulos.

Si vamos a «salvaguardar la libertad de los pueblos», «los principios de la democracia», «las libertades individuales y el reinado del derecho», no es concebible asociarse para ello con los enemigos de esos ideales, con quienes los desconocen y atropellan. Nada de eso admite discusión, pero la inmoralidad imperante, que prefiere bases estratégicas a bases morales, tiene que optar, ante lo que es indiscutible, por cerrar ojos y oídos a todo reclamo que signifique seguir adelante en su loco empeño. En los hechos infinitamente dolorosos que encierra toda la tragedia en que está envuelta la lucha contra el totalitarismo. De esa tragedia no nos damos cuenta exacta sino los que, por ser sinceros antitotalitarios, somos anticomunistas convencidos, desde siempre, y comprendemos y sentimos el error espantable

de prescindir para esa lucha de las bases fundamentales que la explican y justifican, y que están definidas en pactos solemnes, para reducirlo todo a planes estratégicos en los cuales desaparecen la moral original y el noble objetivo primitivo.

No hay que buscar más lejos la causa profunda de los tumbo que va dando nuestra pobre civilización, ni del crecimiento de los peligros que la amenazan. La insinceridad de una política torpe y falsa, ha minado todos los cimientos y lo ha vuelto todo precario y sospechoso. Ahí tiene usted, por ejemplo, la Unión Panamericana, hoy llamada Organización de Estados Americanos. Esa Unión no es cosa vaga, sino asociación precisa con estatutos concretos, fijados en acuerdos internacionales. Su fundamento y su objeto están en el reconocimiento del régimen democrático, en su consolidación y defensa. Su propósito explícito es garantizar los derechos de los pueblos y velar por la defensa de los derechos humanos.

Y hoy, en la famosa Organización está representada una mayoría de Estados totalitarios rudemente antidemocráticos que están en desacuerdo brutal con la letra y el espíritu de aquellos estatutos, y con el Pacto de la O.N.U., además, por si algo faltara. Lo cual no disminuye ni afecta ninguna de sus preeminencias. Así, se va creando un abismo de desconfianza entre los pueblos, y quienes pretenden representarlos o gobernarlos; así, va perdiendo toda eficacia el texto de compromisos que deberían ser sagrados, y así, se va destruyendo su espíritu.

Una declaración de Spaak, de Atilée, de Ramadier, de Paul Boncour, para no citar sino los que usted cita, sería excelente, aunque no sé qué eficacia podría tener. Menos importante tendríamos los hombres de la América Latina y sobre todo los que, como Rómulo Gallegos y yo, andamos lejos de nuestras patrias involuntariamente. Mucho más representaría la voz insigne de Lázaro Cárdenas, pero, en fin, mi querido amigo, usted dispone de mi como quiera. Es claro que yo creo que, dada la letra y el espíritu del Pacto Atlántico, la colaboración de los Estados que lo componen con el régimen de Franco sería inexplicable e indefensible. Como lo es la admisión de ese régimen en la U.N.E.S.C.O.

Perdone la extensión de esta carta, y créame siempre su admirador y afectísimo. — EDUARDO SANTOS.

Eso es evidente. El Gobierno italiano, que ha recibido cuantiosos auxilios económicos de los Estados Unidos, declaró recientemente y de modo categórico que en su país no se establecerán grandes bases aéreas que sirvan de punto de partida a los aviones llamados estratégicos, encargados de transportar y lanzar bombas atómicas.

El Gobierno inglés, por boca de Churchill, ha dicho públicamente con respecto a las bases ya establecidas por Norteamérica en las Islas Británicas, que el uso de ellas no quedará al albedrío de los Estados Unidos, sino que, llegado el caso, será el Gobierno de Gran Bretaña quien decidirá sobre su uso.

Y el Gobierno francés ha tolerado que se establezcan cinco de estas bases en su Protectorado en Marruecos; pero ninguna en territorio metropolitano.

En vista de esta actitud, que es razonablemente defensiva, porque quien ataca no puede hacerse la ilusión de no ser atacado, ahí queda España, pobre país gobernado por un hombre envilecido dispuesto a alquilar aunque sea a costa de la destrucción patria, para cumplir cometidos que rehusan las potencias del Pacto Atlántico (NUTRIDOS APLAUSOS.)

Mientras tanto, transcurre el enigmático período de los preparativos para la guerra atómica, de parte de Rusia, en medio de un silencio misterioso, y de parte de los Estados Unidos, entre alharacas publicitarias que resuenan lúgubremente en los asustados oídos del mundo.

Una de las consecuencias del convenio Washington-Madrid es que las potencias que han suscrito ya el Pacto Atlántico no están obligadas a defender España, caso de ser España agredida a causa de ataques hechos desde ella. Se trata de un convenio bilateral en el que las obligaciones de protección a España sólo dependerán de los Estados Unidos, si efectivamente las asumen. Las demás naciones nada tienen que ver en ello.

Claro que estas naciones, si muestran aquiescencia, sí dan el visto bueno, sí prestan su conformidad, incluso si acogen en silencio el convenio mencionado, se encontrarán con que, tácitamente, han concedido permiso a los Estados Unidos para proceder también bilateralmente al rearme de Alemania occidental, según aconsejen las conveniencias y los caprichos de los Estados Unidos, en cuyo caso y ante la existencia efectiva de un fascismo, falangismo o nazismo en España, poderosamente armado por Washington, y ante la existencia en Alemania de un ejército del cual serían núcleos directivos los antiguos generales de Hitler, quedarían emparedadas Francia y Bélgica entre dos potencias hostiles, hostilidad que puede ser para estas naciones, fundamentalmente democráticas, y para otras colindantes, el mayor peligro contra su propia existencia.

Hay otra faceta: a cuenta de pequeñas dádivas, muy pequeñas por cierto, los Estados Unidos consiguen que varias naciones de este Continente — México hubo de rechazarlo — firmen convenios bilaterales por medio de los cuales las naciones que han suscrito deberán ejecutar las obligaciones militares que haya asumido el Gobierno de Washington «conforme a convenios multilaterales y bilaterales de los que son parte los Estados Unidos». Desde luego, semejante cláusula forzaría a dichas naciones de América a ejecutar las mismas obligaciones en favor del general Franco. ¿Han reparado en ello algunos de los países americanos que han firmado en blanco — así se puede considerar — tan singulares convenios? Un ilustre mexicano, a quien los españoles republicanos debemos gratitud y admiración, don Isidro Fabela, ha llamado a tales propuestas yanquis «pruebas de desestimación». Efectivamente, cuando se proponen convenios semejantes, en los que no están siquiera especificadas las obligaciones, porque ellas van comprendidas en conceptos vagos de peligrosa amplitud, quien los sugiere da pruebas de desestimar a quien se las propone.

CONTRA EL PACTO ATLANTICO

Antes me he acogido a palabras del insigne magistrado norteamericano William Douglas, para atenuar la inflamación de las mías, o, si queréis, para darles mayor fuerza. Ahora, he de recoger otras palabras, más autorizadas aún, del propio general Eisenhower.

«En la batalla no hay gloria que valga la sangre que cuesta», tiene dicho Eisenhower. A lo cual se puede agregar: «Y en la gobernanación y la diplomacia no hay triunfo que valga la vergüenza que cuesta». Esta añadida nuestra puede fundarse en otras palabras del propio Eisenhower que dicen: «Nunca se deben subestimar el poder y la fuerza que los juicios morales tienen sobre la humanidad». El poder y la fuerza de nuestros juicios de carácter moral — afirmamos nosotros — son incuestionables. Acerca de cómo impresionan al mundo hay testimonios constantes, y al final de este discurso veremos algunos. El valor de nuestros juicios supone un descrédito proporcional de los Estados Unidos, ocasionado por hechos que estamos examinando.

Las palabras del general, si yo las repitiera constantemente en el curso de esta peroración, podrían ser «leitmotif» de la misma; son algo semejante a lo que habéis oído esta noche a Manuel Albar.

Nosotros, por nuestra historia, por nuestros antecedentes y por nuestras convicciones, nos ofrecemos a la democracia, pero a una democracia sin mistificar. El camino que siguen los Estados Unidos es, no cabe absolutamente ninguna duda, un camino de mistificación.

En el Pacto Atlántico, por el artículo primero, se comprometen las partes contratantes a «abstenerse en sus relaciones internacionales de recurrir a la amenaza o al empleo de la fuerza». Aquí se ha omitido otro factor: ese artículo debía haber dicho que se abstienen de recurrir a la amenaza, al empleo de la fuerza y al soborno. Lo de España es un soborno, en el fondo y en la forma. Y si se quieren pruebas de ello, ahí están las revelaciones del conocido periodista norteamericano Drew Pearson, que ha citado, contándolas por cientos de miles de dólares, las cantidades que el abogado Charles Patrick Clark ha percibido de la Embajada franquista en Washington, para captar votos de senadores y de representantes en los pasillos del Capitolio a favor de las subvenciones con las cuales se va a consolidar la espantosa tiranía que sufre España.

En el aspecto jurídico, vemos que, por el artículo octavo del Pacto Atlántico, los signatarios «asumen la obligación de no suscribir ningún compromiso internacional en contradicción con el Tratado». Pues bien, el convenio en proyecto entre Washington y Madrid constituye una contradicción palmaria. El Pacto Atlántico — lo he recordado antes en el resumen de mi discurso del 30 de abril — es un pacto para defender los principios democráticos, las libertades individuales y el reinado del derecho. Washington va a pactar para fortalecer un régimen que significa la negación de esos principios y de esas libertades. De manera que, lejos de salvaguardar lo que constituye la finalidad del Pacto Atlántico, los Estados Unidos van a atacarla. Soy hombre que está cediendo, aunque muchos no lo creen, en el uso de palabras gruesas; pero, serenamente, sencillamente, tranquilamente, digo que cuanto se prepara constituye una traición.

Estados Unidos, con otras naciones, derribaron a Hitler y derribaron a Mussolini, a costa de muchos sacrificios, es cierto. ¿Mas por qué dejan subsistir a Franco, por qué lo consolidan, por qué lo solidifican, por qué hacen que siga riendo despótica y sanguinariamente a España? Para derribar a Franco, nosotros no pedimos sangre a los americanos ni a ninguna otra democracia, ni les pedimos dinero. Sólo les pedimos decoro, decencia, honradez para cumplir los compromisos que contrajeron solemnemente ante el mundo entero, y que traicionan en forma que nunca pudimos concebir (FUERTES APLAUSOS.)

EL PRISIONERO IBERICO Y EL CIUDADANO DE ABILENE

Reiteradamente, hemos afirmado que ninguna mota de comunismo nos alcanza y que, por lo tanto, eso de querer mezclarnos no tanto con otras ideologías como con otras conductas es un procedimiento poco correcto, pero que, a lo visto, viene dando resultados, no ya ahora, sino desde nuestra guerra.

Franco, en realidad, es un prisionero que tiene por cárcel la Península Ibérica. No puede ir a avistarse con otro jefe de Estado sino con el señor Craveiro Lopes, Presidente de la República de Portugal, a quien ha llevado recientemente como a un «sísidro» a las fiestas del patrón de Madrid (RISAS). Antes de triunfar las democracias, Franco traspasaba la frontera pirenaica para entrevistarse con Mussolini, para conferenciar con Hitler. ¿Pero qué jefe de Estado le puede recibir ahora? Absolutamente ninguno. Luego, la cuña que meten los Estados Unidos en el Pacto Atlántico, mediante el inminente convenio con Franco es una obra política verdaderamente desdichada.

Los Estados Unidos aspiran teóricamente a unificar a Europa occidental, pero prácticamente proceden a dividirla, según revelan sus propósitos de solidificar el régimen que separa a España ideológicamente del occidente europeo.

¿A qué fuerzas políticas europeas se asimilan las que acudilla Franco? A ninguna. Desde luego, son incompatibles con los partidos socialistas y con las agrupaciones liberales. Tampoco son admitidas por los demócratas cristianos. El franquismo es un islote en Europa. Su régimen no es susceptible de admisión en la Europa federada o confederada. Por lo tanto, consolidarlo equivale a trabajar contra la confederación o federación de Europa occidental.

El 12 de junio del 1945 en el banquete que, para festejar la victoria, dió el alcalde de Londres al general Eisenhower, dijo éste:

«El parentesco entre las naciones no lo determinan medidas tales como la proximidad en tamaño y en antigüedad. Más bien debemos vernos hacia las cosas interiores — llámese como se quiera —, a esas cosas intangibles que son los verdaderos tesoros de los hombres libres. Para conservar su libertad de cultos, su igualdad ante la ley, su libertad de hablar y obrar como lo cree conveniente, sujeto solamente a la norma de no invadir los derechos análogos de los demás, un londinense luchará. Lo mismo hará el ciudadano de Abilene.»

Pues eso mismo haremos nosotros. ¿Tendremos que enfrentarnos con Eisenhower por hacer él lo contrario, por amparar a quien niega la libertad de cultos, a quien anuló la igualdad ante la ley, a quien lleva diecisiete años encarcelando, atormentando y asesinando a cuantos en España pugnan por defender los principios que defendió y está dispuesto a defender de nuevo el antiguo ciudadano de Abilene, hoy primer magistrado de la nación más poderosa del mundo?

NO QUEREMOS UNA ESPAÑA GIBRALTARIZADA

Ahora Franco, este hombre — llámémosle así —, que es el alcalde de todos los Municipios de España, acaba de recibir en reciente y brillante homenaje, la vara de alcalde. Móstoles, la vara de Andrés Torrejón, aquel múnicipo modesto que cuando la invasión napoleónica lanzó el primer grito de independencia, ¡Y se entrega este bastón simbólico a quien va a vender, anulándola, la independencia de España! ¿Por qué no completar el homenaje? Que vaya el general Franco a depositar la vara del alcalde de Móstoles en la Embajada americana y la ponga en manos del embajador, Mr. Dunn.

Quiero concluir, amigos. Estoy fatigado y lo estáis vosotros (DENE-GACIONES). Todos tenemos el corazón transido después de tres años de guerra y de catorce de exilio, en total, diecisiete años de angustia y de dolor. España está muda dentro, pero mientras nos queda aliento, gritaremos por ella desde fuera, como hoy gritamos desde México. Aunque no podamos hacer más, hablemos nosotros por ella, y hablemos, al menos, en nombre de las voluminosas organizaciones que representamos. Lo que éstas piensan lo acabáis de oír por nuestros labios y lo acabáis de saber por los documentos que Joaquín Cortés ha leído. Yo vuelvo a palabras de Eisenhower que recogí antes: «Nunca se deben subestimar el poder y la fuerza que los juicios morales tienen sobre la humanidad». Que Eisenhower no olvide sus propias palabras.

Nosotros, para demostrar que efectivamente es así, que efectivamente existe ese poderío, no llamamos, no podemos callar, no callaremos. No queremos una España gibraltarizada. Somos, como socialistas, internacionales; pero nuestro internacionalismo no mella nuestro españolismo. Somos más socialistas que nunca, pero también más españoles hoy aquí, porque somos el núcleo de españoles exilados más cercano de Washington, hasta donde puede llegar fácilmente nuestra voz, esta voz llena de pasión, impregnada de emoción, a veces exasperada por la ira, o conmovida por el dolor. Con nuestra voz, sin incurrir en demagogias tontas, queremos que España vea en nosotros una esperanza de paz y no un anuncio de guerra, y que el mundo entero, vea en nuestro comportamiento leal una garantía de libertad (GRANDES APLAUSOS.)

Queridos amigos, mi discurso ha terminado; pero traigo palabras mucho más valiosas que las mías, y quiero ser ante vosotros lector de ellas. En el discurso del 30 de abril, a que me referí antes, formulé una pregunta que pedí se transmitiera a personalidades democráticas de Europa. La pregunta era: «¿Pueden moralmente los Estados Unidos, siendo parte en el Pacto del Atlántico Septentrional, y ante las finalidades que éste persigue, concertar con el actual Gobierno de España una acción supuestamente cooperadora en el objetivo de dicho pacto, cuando el mencionado Gobierno se opone resultantemente a los principios y propósitos que, expuestos en el preámbulo y en el articulado del referido instrumento, inspiraron e inspiran a los países que lo suscribieron?»

Mientras esa pregunta se tramita en Europa, yo me he dirigido a tres insignes personalidades de la América de habla española, a tres ex-Presidentes de importantes Repúblicas; los tres, amigos nuestros. Les he pedido respuesta a esa pregunta expresamente, para leerla en el acto que estamos celebrando. Voy a leerla con gran emoción, y me pongo en pie en respeto a los comunicantes, que son el escritor Rómulo Gallegos, ex-Presidente de Venezuela, el doctor Eduardo Santos, ex-Presidente de Colombia, y el general Lázaro Cárdenas, ex-Presidente de México. Oídles... (Al final de dichas lecturas, escuchadas entre ovaciones y vitores a los firmantes, el compañero Indalecio Prieto es objeto de una cariñosa y risonrosa ovación.)

(Viene de la página 1)

ahora falangistas — a la grilla de «Vivan las caenas», desengancharon los caballos que tiraban del coche de Fernando VII y les sustituyeron tal vez con más entusiasmo que velocidad.

En méritos de todo ello, y olvidando los favores recibidos de Hitler y Mussolini y las lagoterías que les hicieran, el gobierno franquista concede ahora libre saque a su prensa dirigida para que cada periodista, en la medida que le plazca hacerlo, pueda censurar abiertamente a Hitler, a Goering, a Himmler y a Goebbels, de quienes el general Franco nada puede ya esperar.

Otro caso. El difunto rey de Jordania, Abdullah, visitó España y fue objeto de una gran recepción. Inmediatamente se lanzó la consigna — o se relanzó, porque ya antes se había hablado — del próximo viaje del soberano egipcio. Algunos incluso fijaron la fecha de la llegada. A este supuesto viaje se le concedía importancia excepcional, porque si el monarca jordano había visitado España a su regreso de Londres, el rey Faruk se desplazaría a París exclusivamente para conocer al «Caudillo». Por otra parte, Jordania era una nación pequeña, lejana y que ha obtenido la categoría de Estado muy recientemente. En cambio, Egipto posee un territorio inmenso, está enclavado como una fortaleza en aguas mediterráneas y hace ya miles y miles de años tuvo una civilización de lo más floreciente que en el mundo haya habido. El jefe del Estado egipcio no se decidía ir a España, pero la prensa franquista, de cuando en cuando, y aprovechando cualquier ocasión que para ello le pareciera propicia, seguía dando golpes al parche.

En el país de los Faraones se produjo un acontecimiento en orden al cual no tengo por qué pronunciarme. El rey tuvo que abdicar y marchó al destierro. Pareciera, pues, momento oportuno para que el gobierno franquista oficialmente, o por vía oficiosa, invitase al ex-monarca a visitar España, e incluso a fijar en ella su residencia, como en Portugal residen también varios reyes destronados. Pero suponer tal cosa equivaldría a desconocer la estrategia, la táctica, del generalísimo Franco. Mientras se trata del rey Faruk, se le hubiera recibido con honores de triunfo y con un derroche que, todas las proporciones guarda-

das, hubiese sido algo que recordase «Las mil y una noches». Pero ya no se trata de un rey, sino del «Sr. Faruk», y a dicho señor no procede invitarle; si como particular quiere ir a España, que vaya. Pero mejor será que se quede donde está o vaya a otro país, debe pensarse en Madrid. Porque la presencia en España del señor Faruk podría causar serias preocupaciones o quebraderos de cabeza a las autoridades franquistas. Pues quien manda en Egipto, es otro estadista; el general Neigub, presidente de la República y jefe del gobierno.

Estos dos casos, y algunos más que tal vez podrían citarse, pueden tenerlos muy presente don Laureano Gómez. Y piense que si un cambio de situación en su país le repusiera de nuevo en el poder, algunos periódicos franquistas que ahora le han atacado, sino a él personalmente a su régimen, se desharían en elogios. Además, puede considerarse seguro que entonces el gobierno del generalísimo Franco, al reconocer el nuevo orden de cosas le daría el carácter de una competición, y se esforzara en batir, por varios largos, a otros eventuales concurrentes.

Y conste que en todo cuanto he escrito, no me propongo, ni en lo más mínimo, enjuiciar ni a los poderes saliente de Egipto y Colombia, ni a los entrantes. Yo tengo sobradas cosas por escribir del régimen franquista para gastar tiempo enjuiciando lo que en otras partes ocurre.

SISTER.

El despotismo

El amor a la libertad es una dinámica que hace obrar al individuo con firme resolución. La conquista ideal del hombre será un mundo donde la heresia, en cualquier campo que se manifieste, no tenga necesariamente que constituir un delito penado con la eliminación física del reo o con su lanzamiento al fondo sombrío de una celda prestidivina. No basta querer eliminar esta evidencia lanzando cortinas de humo, porque lo más afortunadamente admitido, es la franca hostilidad a toda versión de despotismo.

Por si no constatare un fuerte argumento la perpetua lección de nuestra historia — bastaría con remitirse a la experiencia que brindan los totalitarismos de nuestros días, forzando a adquirir la supervivencia por el mantenimiento de falanges represivas a quienes encomendar el triste papel de hacer discurrir a los pueblos en ayunos de libertad. Riadas de sangre se han derramado en generosas ebulliciones a través de toda época y a lo largo y ancho de todos los países. Siempre que el imato sentimiento por una existencia digna y libre obró en las colectividades el necesario grado de madurez, los pueblos abatieron el poder avasallador de las tiranías.

Este permanente acontecer — eterna lección que enseña la historia sin dar lugar a dobles o torcidas interpretaciones — es experiencia que ciega eludidos los que aturridos por morbosidades oligárquicas hacen del ejercicio personal o minoritario del poder una función de política con pretendidas prerrogativas de legitimidad. No se hace esperar la consecuencia lógica de los hechos, sino que se desearan alternativas. Los pueblos se ven impulsados a desgarrar sus carnes, destruir sus haciendas y a eliminar preciosas vidas de sus hijos. Todo antes que ver eternizado el imperio de las sombras y la barbarie. Progreso y civilización están en divorcio con el despotismo. Los pueblos siempre reñiran batallas con la tiranía. Resulta realmente sintomático que sean los pueblos que supieron solidificar sus instituciones políticas otorgando rango de relación al respeto por la libertad y la tolerancia, los que hayan suprimido de su diario acontecer el signo sangriento de las convulsiones.

RALI.

COMO si se tratara de una necesidad vital y permanente, una ola de terror flota sobre el Universo. Por razones que encuentran su justificación en la trágica fase que atraviesa el mundo, la muerte continúa su macabro cometido, segando vidas en la flor de la juventud. En los campos de batalla, ante piquetes de ejecución, la horca, el cadalso o la silla eléctrica, se envuelve la muerte en himnos de libertad y de justicia, transformándola con fraseología digna de mejor uso, en algo consubstancial con los intereses de la colectividad, el progreso y el bienestar.

Sistemas que nacieron y se sostienen bajo el denominador del fascismo, regímenes democráticos, Repúblicas Populares y Estados Políticos, convergen en la apreciación de un problema que es el camino de la humanidad civilizada. Aceptan y aplican la pena de muerte para castigar los espías, provocadores, desertos al régimen y hombres que pretenden tener la libertad de pensar, considerándoles como grandes delincuentes a quienes hay que suprimir en aras de la seguridad colectiva. «Defendiendo» preceptos que van desde la Democracia hasta la Igualdad de Clases, se obliga a millones de seres a enfrentarse en guerras fratricidas, condenándoles indistintamente a la muerte, presta a abatirse sobre sus cabezas, y dispuesta a extender sus tentáculos sobre miles de vidas inocentes que sufren y padecen las consecuencias de la guerra en las zonas de retaguardia.

El siglo XX figurará en la historia con verdaderas características de barbarie. Sucediendo a miles de suplicados en España, Grecia, Bulgaria, Polonia, Rusia y tantos otros países, después de las

ESPAÑA LIBRE

CNT - ORGANO de la CONFEDERACION NACIONAL del TRABAJO de ESPAÑA - AIT

Director: R. LIARTE - Giras a "España Libre" C.C. 346-29 Toulouse, Redacción y Administración: 47, Rue Jonquières, Toulouse - Administrador: F. ROMERO

F. L. DE TOULOUSE CONFERENCIA DE FRANCISCO ROMERO

"La C.N.T. en el porvenir económico de España"

Organizada por la F. L. de Toulouse, tuvo lugar el domingo 28 de junio, la importante conferencia pronunciada por el compañero Francisco Romero, titulada: «La C.N.T. y el porvenir económico de España». Este magnífico ciclo de conferencias va adquiriendo cada día mayor relieve, ya que ha conseguido despertar la atención de propios y extraños guiados por el afán de conocer el pensamiento de los militantes de la C.N.T. en torno al presente y al porvenir de la vida de nuestro país.

La conferencia pronunciada por el compañero Romero, ha constituido, sin duda alguna, un éxito para los organizadores de esta labor de divulgación y de orientación confederal.

Con verbo fácil y sugestivo, el conferenciante precisó, entre otras cosas: Hemos de destacar que el fugaz florecimiento de la economía española después de la primera guerra mundial se debió no a la presión de aquellos gobiernos de la Monarquía, sino al hecho fortuito de un extraordinario crecimiento de nuestras exportaciones a los países beligerantes, exportaciones supercalorizadas que incrementaron de manera notable nuestros ingresos, para después verlos disminuir gravemente por la ignorante participación del capital español en la compra de mercaderías alemanas, una de las mayores estafas de la Alemania imperial que registra la historia.

Después de analizar con abundantes cifras el fracaso económico de la dictadura de Primo de Rivera, precisó: «La República tuvo que cargar con el pesado lastre heredado de la dictadura, y hacer frente a una grave evasión de capitales; a una baja extraordinaria en la cotización de nuestra moneda por la retracción de capitales ante un régimen nuevo, y a toda una serie importante de factores negativos, a pesar de lo cual consiguió, en gran parte, un aumento de las actividades agrícolas, industriales y comerciales, y una normalización en cuanto al comercio exterior que se cifraba en un promedio anual superior a los 1.000 millones de pesetas oro».

Analizando minuciosamente el proceso económico de la política de Franco y sus cómplices en lo que va de la toma violenta y arbitraria del poder a nuestros días, el compañero Romero, dijo: «El desastre general de la política franquista encuentra su punto culminante de expresión. No ha sabido encontrar solución al problema de la reconstrucción, ni ha tenido la menor eficacia

la creación de la Secretaría General de ordenación económico-social. Los presupuestos nacionales han ido en aumento a una velocidad vertiginosa. No han podido contener el alza inflacionaria de los precios, cuyo desnivel acentuadísimo ha sacrificado a los pequeños propietarios; y a los trabajadores sujetos a un sueldo, o a un jornal. La moneda entró en una etapa de inseguridad, con un aumento descomunal de la circulación fiduciaria, y un Gobierno fabricando toneladas de billetes que ha perjudicado más y más a la peseta y ha aumentado considerablemente el nivel de precios».

El conferenciante hizo un estudio detallado del desnivel de la vida

¿Revalorización de tácticas? LA FUERZA DE LA C.N.T.

N toda acción de masas intervienen dos factores imprescindibles entre sí: el estratégico y el táctico.

El estratega piensa y trabaja; idea planes e imágenes. El táctico realiza proyectos, forjando las imágenes. Cerebro y músculo han de ir ligados, como eslabones de una cadena. El estratega no descansa hasta dar cima a un proyecto; el táctico descansa cuando a visto el proyecto realizado. No pueden entrelazarse. No es que no deben, es que no pueden. El Pentágono, es el Pentágono. Pero en la C.N.T. hay demasiados Pentágonos en la actualidad. Sobran estrategias, han de sumarse a los tácticos. Si esto no hacen, corren el ábrur de aquél que la calificó de «coloso con los pies de barro». Su estrategia le fué fatal, mientras la organización confederal sigue imbatible, a pesar de su basamento arcilloso.

Craso error, cada cual nos consideramos el ombligo del mundo. Tenemos panaceas para curarlo todo, y nada solucionamos en realidad. Hay una estrategia cierta, la acción directa. La concibió aquella incipiente Federación Obrera. La dieron forma cerebros privilegiados como Boal, pero seguidos por los Martínez y compañía; estrategias y tácticos. De entonces acá, ha llovido mucho. Pero las aguas no han logrado relanzar su cauce. Se han formado remolinos, tragándose a los que se han interpuesto, pero las aguas corren, no tranquilas y serenas, más bien turbulentas. Pero, repito, siguen su camino directo, hacia su total emancipación.

Hay algo que las impide ser compactas, solidificarse, como una gota a otra gota. Pero eso no cuenta, ese algo desaparecerá o ha desaparecido, como desaparecieron las teorías del sindicalismo híbrido de Alfonso de Miguel; como desapareció el concepto anacrónico de aquel Quemades, que no quemaba más que su materia gris.

Y es que el pueblo español, el proletariado militante, mejor dicho, lleva muy hondo los principios anarco-sindicalistas, para que un sujeto cualquiera pueda arrebatarlos! ¿Revalorización de tácticas? Pero si no están desvalorizadas! ¡Tienen un calor tan apreciado, que amigos y enemigos las quisieran hacer suyas! Y como muy bien dice el editorial de «CNT»: «Jamás abatida, inmediatamente después de la pérdida de la guerra, la C.N.T. en España dió pruebas de su actividad. Durante todo el periodo franco-falangista, la militancia confederal y libertaria se ha encontrado presente en el combate incansante contra la tiranía y un régimen de terror, y el resurgir de la organización confederal, a pesar de la terrible sangría impuesta por la dictadura, se ha ido acrecentando. La C.N.T. ha demostrado que era inderrotable».

Como ves, amigo lector, la pluma digna y consciente de nuestro compañero o compañera, de «CNT» ha descrito la épica lucha de nuestros compañeros del Interior, que firmes en las tácticas confederales, siguen la lucha contra la tiranía fascista.

No es el poema épico de «Orlando el furioso», cantado por Ariosto. Pero nada hay en esos párrafos que no se ajuste a la verdad, si acaso, el hacer resaltar, que allí se desconocen las actividades de muchos de los exilados, y sobre todo, de lo que anteriormente se decía de los que habíamos quedado en España...

Lo que sucede, es que en el Interior se aplicó en su día una estrategia oportunista, partiendo de la desconformidad activa, y en la creencia de que la ayuda del exterior habría de engendrar una coincidencia en la acción para derrocar a Franco. No se ha logrado el objetivo, es cierto, pero tampoco se han desvalorizado las ideas, ni las tácticas. La C.N.T. puede vivir mucho tiempo aún en plena actividad revolucionaria — bien entendido, en la dura lucha clandestina — sin comprometer su futuro. Mas, es condición precisa, que en el exilio vayamos limando las aristas que impiden la cohesión entre los militantes.

Insistimos, pues, en la necesidad de hacer la unidad del Congreso de la A.I.T. Si ello no es factible por causa de éste u otro militante, allá él con su responsabilidad moral, yo he cumplido con la mía, la de un militante anónimo, pero tan digno como el que más.

Antonio MORENO.

económica de nuestro país; demostró que el progreso moral y económico no marchan sincronizados, llegando a la conclusión siguiente: «El planteamiento de lo económico necesita una visión clara de los hechos y fenómenos que la ciencia y sus posibilidades económicas ofrecen».

Para salvar a España de la crisis general que hoy sufre, es menester, dijo el conferenciante: «Reorganizar la clase obrera en los sindicatos a base de la unión de las dos centrales sindicales en España; preciso es ir de manera paulatina hacia la conquista de los medios de producción y consumo, hasta que los problemas de la producción y distribu-

ción sean resueltos y superados, procurando siempre que el sindicalismo no llegue a degenerar en estatismo; tendrán los trabajadores organizados en potentes sindicatos tantas armas en sus manos que sin recurrir a la insurrección armada, podrían, en el transcurso de un tiempo apreciable, para la conquista legal, si se quiere, sea en la palabra, de los medios de producción y consumo, desahogar el ahorro sindical, pasando por la creación de una economía sindicalista».

Haciendo un análisis constructivo de la misión que está reservada a los sindicatos en el porvenir económico de España, en lucha contra la usura y la explotación capitalista, el orador pasó a precisar su tesis afirmando que: «Si la fuerza aglutinada en los sindicatos quedara estática, resultaría un hecho antisocial, y de ahí la necesidad imperiosa de hacerles cumplir la misión que tienen asignada. No debemos querer — agregó — sindicatos que contengan solamente masas de trabajadores cohibidos; lo que queremos son sindicatos con nervio, de cara a las realidades, con capacidad para enfrentarse en el mundo de las realidades positivas. Esa es la gran misión del sindicalismo libertario».

«España, apuntó el compañero Romero — necesita de grandes obras hidráulicas; menester es intensificar los transportes ferroviarios, por carreteras, marítimos y aéreos, si queremos superar el retraso que padecemos con respecto al resto de los países civilizados de la tierra. Hay que levantar una industria potente y proporcionar a la agricultura las herramientas de trabajo, hoy carente de todos los medios más primordiales para su desarrollo».

Como resumen de su acertada exposición, concretó el conferenciante: «La quiebra de la economía española, es uno de los problemas más acuciantes que tendrá que hacer frente la nueva España liberada del franquismo y que no puede escapar a los trabajadores que han de procurar por todos los medios no encontrarse a suertes cuando llegue la hora de acometer la reconstrucción nacional. Este es el triste panorama que nos presentará España el día que podamos regresar a ella, y que debemos todos interesarnos en sus problemas y trabajar con ahínco para hacerla despertar del letargo en que se encuentra sumida. Y hasta ese día que ha de llegar, seamos consecuentes con nuestro destino, no con resignación, sino con la amargura de ver cómo se está hundiendo España».

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Afirmaciones

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

Los procedimientos del despotismo reducen la decencia en zonas subterráneas y de ostracismo. Esto ocurrió en cuantas ocasiones se suscitaron hechos de fuerza, se da hoy en España y se comprueba en cuantos países soportan el peso abrumador de la tiranía de crepón rojo. En España, como en todos los pueblos humillados por el sovietismo, que nada tienen de comunista en honor a la verdad, a excepción de los afortunados protegidos por la suerte y la ventura, el hombre con honradez no puede encontrarse en la paz de la convivencia. Hay que buscar la decencia en la cárcel, el exilio o el éxodo interior.

LOS SUCESOS POPULARES y la "cortina de hierro"

La cortina de hierro levantada en los países d'rigidos por el sovietismo, es incapaz de contener las grandes corrientes populares encauzadas en todo momento en busca de la justicia y el derecho. Los recientes sucesos desarrollados en Alemania y en Checoslovaquia patentizan que la clase trabajadora no se somete a la reacción impuesta por el despotismo. Confronte el comunismo, del fascismo o de no importa que teoría se han alzado los trabajadores para patentizar sus aspiraciones emancipadoras.

En la España de Franco y Falange, en la Rusia soviética y en las llamadas Repúblicas Populares, el trabajador tiene que realizar jornadas agotadoras de sol a sol para sostener el peso inhumano de los Estados totalitarios. Hemos sido enemigos del comunismo dictatorial y lo seremos siempre porque es la más peligrosa afirmación del Estado-policia, sostenedor de la ignorancia de las masas obreras y enemigo de la libertad humana. Cuando hemos afirmado que nazifascismo y sovietismo, falangismo y dictadura del proletariado son una misma cosa, muchos han sido los que nos han llamado: vendidos a la reacción capitalista. Nadie más enemigos que nosotros del capitalismo porque as-

piramos a implantar un régimen de federación económica, política y social que garantice a la clase obrera todos sus derechos inalienables. Ahí están los recientes sucesos producidos en Alemania y Checoslovaquia, como demostración palmaria de cuanto hemos venido afirmando a través de los tiempos. Y no hemos vaticinado esos hechos y otros que se producirán lógicamente, siguiendo los cánones establecidos por el sistema capitalista al que repudiamos por antisocial e injusto, sino porque nuestra concepción del socialismo está basada en los principios de la libertad, del derecho y de la emancipación definitiva de los trabajadores del músculo y del intelecto. Lo ocurrido tras la «cortina de hierro» es un hecho que había de producirse inexorablemente.

Ya puede decir Radio Moscú, tratando de quitar importancia a los actuales acontecimientos que la mano de los agentes exteriores ha movido los hilos de la comoción popular. ¡Ojalá hubiera una mano poderosa capaz de acabar con todas las dictaduras que hoy asolan la anchura faz de la tierra! Pero el capitalismo no libera a los pueblos oprimidos. Los hombres se independizan del mal, se liberan de la injusticia, valiéndose del soberano poder de la rebelión contra el terror, la miseria y la dictadura.

Durante largos años de infortunio y agonía, la clase trabajadora de España y el pueblo español en general, vienen padeciendo los zarzapos negros de la dictadura azul. Perfectamente sabemos lo que representa padecer el imperio infamante de la dictadura. Como españoles oprimidos, como sindicalistas libertarios amantes de la libre determinación de los pueblos, y como seres humanos a ser, estamos obligados a solidarizarnos con todos los hombres que luchan por su libertad sin tener en cuenta cuáles son sus ideas políticas, religiosas o sociales. La opresión impuesta por los Estados totalitarios, ya sea en Argentina, Rusia, los países satélites de Moscú o en España, debe ser destruida mediante la solidaridad efectiva de los trabajadores de todo el mundo. Un pueblo que lucha por su libertad, sin temor a las admoniciones de los que quisieran eternizar el imperio de las sombras. Las masas del país se encuentran hoy harto saturadas y cualquier chispa inesperada está obligada a neutralizar. Esto que en la actualidad se suscita, repetimos, obedece al lógico proceso que siempre es previsible bajo el agobio de la dictadura, máxime si ésta fué impuesta por el terror, el monstruoso asesinato y el desprecio a todos los valores morales del individuo. Estamos abocados a un dilema ante el cual el callar es tanto como confundirse con la amoralidad de unos, la inmoralidad de otros y el ciego despotismo del tirano. Hay que izar, pues, bandera. Lo reclama el porvenir de España. O Franco o el pueblo español. No hay inhibición posible en este instante crucial de la historia. No pueden sellarse los labios. No es justo callar. El que calla otorga y es sabido por demás que a Franco no lo sostiene la adhesión del país, sino la arrogancia de unos pocos que se impusieron por el terror y aprovechándose de una conjuntura no ignorada ni por el propio despotista. Contrariamente a los días aciagos de la más cruenta represión en la que fueron pocos los ilusionados que no se resignaban a admitir la derrota con el fatalismo oriental del «estar escrito», es necesario que hoy se acrecienten las protestas y se clame con el peso de la acción. Siempre ha sido dignificarse el acto de oponerse a la tiranía. Cuanto más hoy cuando se juegan tantas y tantas cosas en el presente y porvenir de la España oprimida...

J. ZAFON BAYO.

REBELION

Abocamos a un ciclo crítico. La sabiduría debiera estar ahora en quienes pueden facilitar que renazca la paz en los espíritus y puedan hacer hacedera la libertad no dilatando una situación que, de prolongarse indefinidamente, llevaría de nuevo al país a hundirse en la encrucijada de los espasmos como barco sin timón en un mar convulsionado por la tempestad. Otras veces se unen ya a las nuestras. Bienvenidos sean. Porque si persiste el dogmatismo sólo vemos una solución que anticipar a lo que se haría inevitable. Esto es, tomar partido por la libertad, sin temor a las admoniciones de los que quisieran eternizar el imperio de las sombras. Las masas del país se encuentran hoy harto saturadas y cualquier chispa inesperada está obligada a neutralizar. Esto que en la actualidad se suscita, repetimos, obedece al lógico proceso que siempre es previsible bajo el agobio de la dictadura, máxime si ésta fué impuesta por el terror, el monstruoso asesinato y el desprecio a todos los valores morales del individuo. Estamos abocados a un dilema ante el cual el callar es tanto como confundirse con la amoralidad de unos, la inmoralidad de otros y el ciego despotismo del tirano. Hay que izar, pues, bandera. Lo reclama el porvenir de España. O Franco o el pueblo español. No hay inhibición posible en este instante crucial de la historia. No pueden sellarse los labios. No es justo callar. El que calla otorga y es sabido por demás que a Franco no lo sostiene la adhesión del país, sino la arrogancia de unos pocos que se impusieron por el terror y aprovechándose de una conjuntura no ignorada ni por el propio despotista. Contrariamente a los días aciagos de la más cruenta represión en la que fueron pocos los ilusionados que no se resignaban a admitir la derrota con el fatalismo oriental del «estar escrito», es necesario que hoy se acrecienten las protestas y se clame con el peso de la acción. Siempre ha sido dignificarse el acto de oponerse a la tiranía. Cuanto más hoy cuando se juegan tantas y tantas cosas en el presente y porvenir de la España oprimida...

CON LA MEJOR intención

(Viene de la página 1.)

periodistas; eran hombres que tenían verdadera vocación pero que tenían otros medios de vida — la mayor parte de ellos eran funcionarios de la administración de corporaciones — pero que trabajaban por necesidad aunque no por voluntad, renunciaban al su